

TIPOLOGÍA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO CONSERVADOR

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Miguel Herrero de Miñón*

Siempre ha habido conservadores. Cicerón lo era ante Cesar y los mantenedores del rito mozárabe frente a las innovaciones de Alfonso VI, no menos que Georg Canning o Sir Walter Scott frente al utilitarismo. Pero, a partir de la Revolución Francesa, “el mayor trastorno que han visto los siglos”, al decir de Maitland, y la consiguiente revolución liberal e industrial, el conservadurismo político adquiere caracteres más definidos y precisos. El cambio de paradigma ético-social que la Revolución Francesa supuso, —de lo jerárquico a lo igualitario, de lo heroico a lo utilitario, del apego afectivo hacia el pasado al entusiasmo por la construcción de un futuro racional—, es lo que produce y acota la respuesta conservadora. El conservadurismo, por lo tanto, es, desde sus orígenes, “reactivo”, genera “contraconceptos” y subrayarlo es, probablemente el principal acierto de Mannheim al analizar la “mentalidad conservadora”¹.

El calificativo de conservador comienza a utilizarse en la Restauración francesa y solo años después fue asumido por los anglosajones. Es a esta específica mentalidad política a la que voy a referirme para distinguir en su seno tres tipos de pensamientos y actitudes que, bajo un mismo rotulo y aún una común autocalificación, son muy diferentes entre sí.

¿Por qué esta confusión? Al menos por tres razones, externa una e internas otras. Desde fuera, el calificativo de conservador ha llegado a ser un impropie-

* Sesión del día 15 de enero de 2008.

¹ Mannheim, *Essays on Sociology and Social Psychology*, Londres 1953. Esta edición contiene el texto íntegro del escrito de Mannheim después publicado en alemán por Kettler y otros (eds.), *Konservatismus. Ein Beitrag Zur Sociologie des Wissens*, Frankfurt 1984.

rio en el sentido orteguiano del término. Esto es, un epíteto cargado de pasión sin otro sentido que la descalificación de aquel a quien se aplica. Merced al auge del pensamiento progresista en los últimos decenios, los conservadores se identifican con los “conservadores” en un lenguaje que se pretende vulgar (Jiménez Fernández), con “el partido de los estúpidos” en el de la altanera moda intelectual (Stuart Mill) o con “el partido enemigo de todo cambio” en el de los sofisticados analistas (Schlesinger). No se trata, en consecuencia, de distinguir para mejor comprender, sino de combatir y, en trance tal, sobran los análisis tipológicos.

Pero, entre los propios conservadores, no faltan motivos más o menos conscientes para recrearse en la confusión. La desconfianza en la propia originalidad de los políticos americanos tras el esplendor del New Deal y de la New Frontier les hace identificarse con un pasado con el que tienen poco que ver, pero del cual esperan obtener el prestigio del que por sí mismos carecen. Y ello es verdad, tanto entre los actuales neoconservadores como entre los “nuevos liberales”.

De otro lado, si en Inglaterra el conservadurismo ha mantenido su posición y su prestigio hasta la actualidad, en la Europa continental las posiciones conservadoras salieron malparadas de su colaboracionismo con el nacionalsocialismo y el fascismo y su espacio natural fue ocupado en gran medida, con la excepción tardía del gaullismo, por la democracia cristiana. Y, lo que es más grave, algunas de las ideas más típicas del conservadurismo de las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, que habían llegado a penetrar en ambientes de estirpe liberal, como era el caso del organicismo de la sociedad y de su reflejo electoral, tan caro a los krausistas e incluso al socialismo democrático de un Fernando de los Ríos, o de la jerarquización interna de la sociedad, propugnada por nuestros Ortega y Mardariaga, fueron corrompidas por el fascismo con formulas y con fines que han hecho inviable su defensa y utilización durante muchos años. Los totalitarismos, tras exterminar, en el caso alemán incluso físicamente, a los conservadores, fueran o no sus compañeros de viaje, desacreditaron al pensamiento conservador.

El resultado, en todo caso, es de una gran confusión, hasta el punto de que no faltan conservadores que, considerándose y declarándose tales, confiesen no saber lo que tal cosa significa ya. Porque, en efecto, en los dos últimos siglos aparecen tres tipos de conservadurismo, tipos en el sentido weberiano del tipo-ideal, con todo lo que ello supone de rigurosa simplificación de la realidad histórica, sin duda relacionados los unos con los otros, pero que ofrecen entre sí diferencias mayores que sus similitudes. Uno, más de ayer que de hoy, que denominaré Paleoconservadurismo o conservadurismo clásico; otro, de hoy, que llamaré y así mismo se denomina Neoconservadurismo; otro, en fin, que se apunta en el horizonte y cabe llamar Transconservadurismo. Porque se trata tan solo de una tipología, no analizaré a cada uno de los autores que se insertan en la corriente de pensamiento conservador ni las relaciones entre ellos, sino que, dando por establecida su con-

dición de tales, utilizaré los, a mi entender, más significativos para ilustrar los tipos ideales, que como tales tipos pueden servir para que investigaciones posteriores los enriquezcan y maticen. La mención de los autores españoles (excluyendo cualquier político o pensador vivo, puesto que su trayectoria aún no esta completa) es, sobre toda otra consideración, un tributo al “genius loci” que los conservadores de cualquier latitud apreciarían.

Mi análisis se referirá solo a las ideas, a su génesis y evolución intelectual, dejando de lado lo que, sin duda, es muy importante para la comprensión global del tema, las condiciones económicas, sociales y aún políticas en las que la decantación y transformación de las mismas ideas se produce. Sin embargo, creo que tal limitación del objeto, acorde con las dimensiones de éste ensayo, no empece, antes al contrario, la formulación de una tipología que ayuda a comprender lo que puede y debe entenderse en cada momento por conservadurismo.

Porque si hay un conservadurismo en la mera habitud de la tradición, como el dominante entre las aristocracias terratenientes, sea la siciliana, sea la del Viejo Sur norteamericano, por solo citar dos con importantes reflejos literarios y aun cinematográficos —*el Gatopardo* y *Lo que el viento se llevó*—, también existe una doctrina y e, incluso, una teoría conservadora, esas teorías que, “tanto cuando son correctas como equivocadas son mas poderosas de lo que comúnmente se cree”, hasta el punto de que, al decir de Keynes, “el mundo está gobernado por poco mas que esto”. Y en la historia de esas ideas, la concatenación lógica de conceptos, principios y valores no deja de tener, por sí misma, una objetividad y a ella me atengo.

La fundamentación filosófica y decantación ideológica de cada tipo (A), los principios que lo articulan (B), y su evolución y consecuencias (C) serán el esquema al que me atendré en la exposición siguiente.

I. CONSERVADURISMO CLÁSICO

El **paleoconservalurismo** o conservadurismo clásico, nace como reacción frente a la Revolución Francesa y sus consecuencias políticas, económicas y sociales. Por algo su texto fundacional son la “Reflexiones sobre la revolución Francesa” de Edmund Burke, texto solo comprensible a la luz de la ingente obra del autor².

² Las citas y referencias se hacen a E.Burke, *The Works. Twelve volumes in Six* (1887), Nueva York (Georg Olms Verlag) 1975. Salvo mención en contra las citas son de las *Reflexiones* en III, pp. 281 y ss.

A) Fundamentación y decantación

La decantación ideológica del paleoconservadurismo es larga y se incardina en la génesis del historicismo a partir de la propia Ilustración, estudiada por Cassirer y Meineke³. Si pueden encontrarse antecedentes del conservadurismo historicista en las obras de Saint Simon o Boulainvilliers, incluso de Fenelon⁴; si en España, podrían rastrearse antecedentes mas brillantes que los consecuentes en el llamado “Goticismo” y la reivindicación del derecho histórico, como alternativa a la del derecho natural, e incluso en Mayans y el austracismo que hay detrás⁵, son Montesquieu en Francia y Herder en Alemania quienes mejor representan el historicismo político del que ha de surgir el paleoconservadurismo.

De Montesquieu pende Cazales, jefe de los monárquicos moderados en la Constituyente (1789-1790) e influye decisivamente en E. Burke y después en Tocqueville, aun cuando éste mantenga reticencias frente a su antecesor. Es dudoso que Burke conociera la obra de Herder, pero, sin duda, ésta fue decisiva para preparar la recepción de aquél en el mundo germánico a través de la Universidad de Gottinga, de los hanoverianos Ernesto Brandes y Augusto Gillermo Rehberg y sobre todo de F. von Gentz⁶.

La situación social alemana era especialmente favorable a la recepción de Burke y al desarrollo de sus ideas como demuestra la obra de Möser sobre la constitución histórica de Osnabrück⁷ y el auge de las tendencias estamentalistas en Württemberg, contemporáneas a la Revolución Francesa⁸. Si después, a la hora de la Restauración, el conservadurismo germánico sustituye el evolucionismo de Burke por posiciones reaccionarias que determinan su orientación posterior, ello se debe, a mi entender, a la política prusiana empeñada en extender a la Renania una organización de corte aristocrático feudal, tal vez idónea para los territorios orientales de la Monarquía, pero totalmente inadecuada a la estructura estamental de la Alemania occidental. La disfunción llevo a la resistencia y aún a la protesta y ello radicalizó la reacción e influyó decisivamente en la evolución del conservadurismo centroeuropeo.

La influencia de Burke también es evidente en la propia Francia, en España, donde, pese a la prohibición inquisitorial, lo conoce Jovellanos, en Suiza y, sobre todo, en los Estados Unidos⁹.

³ Cassirer, *Philosophie der Aufklärung*, Yale University Press, 1932, Cap. V; Meinecke, *Entstehung des Historismus*, Munich 1936.

⁴ Cf. Godechot, *La Contrarevolution*, París, (PUF) 2ª Edición, 1984, p. 7 ss. y 22 ss.

⁵ Cf. Coronas González, “El Pensamiento Constitucional de Jovellanos”, *Revista Electrónica de Historia Constitucional (Electronic Journal of Constitutional History)* Numero 1, Junio, 2000, y las referencias allí contenidas. Mestre, “*Mayans y Siscar y el Pensamiento ilustrado español contra el absolutismo*”, León, (Universidad de León) 2007.

⁶ Braune *Burke in Deuchland*, Heidelberg, 1917.

⁷ Brinauer, *J. Moser*, Berlín 1933 y Meinecke...*op. cit.*

⁸ Droz *L'Allemagne et la Revolution Française*, París, 1949.

⁹ Godechot, *op. cit.*, p. 70 ss.

Por lo tanto, puede considerarse al anglo-irlandés Edmundo Burke padre del moderno conservadurismo que pretende responder, y de ahí el carácter “reactivo” antes señalado, a tres escuelas radicales diferentes: el racionalismo de los ilustrados, el igualitarismo de Rousseau y el utilitarismo de Bentham y sus seguidores, que habían de confluír en lo que, durante la primera mitad del siglo XIX, fue el pensamiento liberal y aún está en la base de lo que los anglosajones y, especialmente, los norteamericanos entienden por liberalismo.

Si, al decir de un muy peculiar conservador, Newman, toda discusión política es en el fondo teológica, cabría preguntarse cuales son los fundamentos, al menos filosóficos de esta mentalidad paleoconservadora. A mi entender, en el caso especialmente relevante de Burke son tres: la filosofía ilustrada en trance de historicización en Montesquieu; la propia tradición empirista británica, especialmente la tesis de Hume sobre las convenciones; y, sobre todo, el legado teológico anglicano, escolástico y aún agustiniano que considera el orden político-social como “creado” y regulado por la voluntad divina. Es este fundamento teológico el que le llevara a trascendentalizar la doctrina de Hume sobre las convenciones, a la vez que refuta la versión original, al concebirlas intergeneracionales y con fundamento en la ley divina¹⁰.

En las generaciones siguientes las bases filosóficas se aligeran. En casos concretos, la gran filosofía se trasluce en el pensamiento político-social. Tal es el caso de la influencia de Kant sobre Coleridge y su distinción entre “entendimiento”, simple capacidad reflexiva sobre los medios a partir de los datos sensoriales, y “razón”, única potencia capaz de alcanzar, mediante la intuición, las ideas reguladoras de los fines, esto es, verdades fundamentales como los dogmas religiosos, los valores morales, las reglas de la lógica, etc. Pero, en general, entre los doctrinarios franceses, incluido el propio Tocqueville, y en los españoles la fundamentación filosófica no va más allá de un realismo revestido de vago espiritualismo. Los doctrinarios pasan por tener filiación idealista y, ciertamente, en el espiritualismo de Coussin hay influencias alemanas, todavía si cabe, mas claras en Guizot, del que pende en gran medida el primer doctrinarismo español¹¹. Pero, el realismo de los doctrinarios es mucho mayor y mas profundo. Royer Collard, cuyo magisterio reco-

¹⁰ Kirk, *Edmund Burke. Redescubrimiento de un genio*, traducción española, Madrid 2007 p. 160, 168 y 186. Cf. v.gr. Burke, *Thoughts on the cause of the present discontents* (1770) en *Works* cit. I p. 435 ss. cf III p. 359 y IV p. 165; Laurence L. Bongie *David Hume. Prophet of the counter-revolution*, Indianapolis, (Liberty fund, 2000) ha señalado la influencia de Hume, no sólo sobre Burke, sino sobre todo el pensamiento contrarrevolucionario, no desde el punto de vista filosófico como el indicado en el texto, sino a través de su obra histórica (*History of England*) especialmente *The Stuarts*, ampliamente difundido en Francia antes y durante la Revolución. A pesar de su escepticismo y de su supuesto carácter subversivo, la filosofía de Hume, al exorcizar el “sueño dogmático” del racionalismo —“el raciocinio es tan solo una forma de sensación”— abre la vía al antirracionalismo de historicistas románticos y conservadores que, como se expone mas adelante, puede llegar al irracionalismo.

¹¹ Díez del Corral, “El liberalismo doctrinario”, *OOCC*, Madrid (CEPC) 1998, I, pp. 145 y ss. y 411 y ss. Véase la nota 20 en la p. 400.

nocieron todos los doctrinarios franceses, al oponerse a los ideólogos racio-sensuualistas a lo Condillac, cultivó una filosofía de la realidad cultural que anuncia, en muchos aspectos, la “vuelta a las cosas mismas” de Husserl y la fenomenología que vino después. Es la vida en su integridad y no la disección de sus elementos, propugnada por el positivismo, el objeto de su explicitación y meditación

En consecuencia, tanto por su estirpe anglosajona como continental, los paleoconservadores son eminentemente realistas. Consideran la realidad como una estructura independiente del individuo, de su razón, voluntad y deseos. Una estructura que no le es ni hostil ni inaccesible, antes al contrario, puede en ciertas medidas conocerla y manipularla, pero no cambiarla radical y arbitrariamente. Su reconocimiento de la realidad no supone necesariamente la complacencia y empatía con la misma. Si así fuera, el conservadurismo equivaldría al quietismo y, como después subrayaré, el conservadurismo clásico, desde Edmund Burke a Richard Weaver pasando por Benjamin Disraeli, nunca ha negado la necesidad y aún conveniencia del cambio evolutivo. Lo que el realismo de los conservadores significa es el reconocimiento de unas leyes permanentes de esa estructura en la que el hombre se inserta y que no se encuentran a merced de su inventiva. Es el respeto y observancia de esas leyes lo que el conservadurismo quiere mantener¹². Se aferran a lo que uno de sus últimos y más ilustres representantes, T.S. Eliot, denominó “las cosas imperecederas”.

Ahora bien, pese a la filiación liberal de los padres del conservadurismo —Burke era “Wigh” y Tocqueville pasó siempre por liberal— el paleoconservadurismo o conservadurismo clásico se opone al liberalismo a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX. La esencia de la oposición radica en que los liberales defendían la primacía, en ocasiones excluyente, del individuo, de su autonomía de la voluntad y de su vinculación contractual, mientras que los conservadores ponían el acento en los órdenes concretos como fundamento de otras tantas instituciones.

Estudiosos del pensamiento conservador norteamericano como Sandel¹³, han señalado una diferencia más profunda entre liberales y conservadores que sin duda es cierta y puede extenderse al análisis del conservadurismo en general. Mientras los primeros defendían y defienden una democracia procedimental, basada en individuos autónomos y que se limita al acuerdo y mantenimiento de unas reglas formales del proceso político, los segundos se inscribirían en la tradición aristotélica de la democracia republicana basada en ciudadanos virtuosos, esto es, en valores sustantivos. La primera acuerda derechos y deja a los individuos la libre opción de

¹² Cf. Balmes, *OOCC*, Madrid (BAC) 1948-1950, VI, p. 404 y 303 y ss.

¹³ *Democracy's Discontent: America in search of a Public Philosophy*, Harvard University Press, 1996. La definición de República Procedimental en p. 4.

sus fines; la segunda pone el acento en el bien común o la vida objetivamente buena y orienta a la misma el ejercicio de los derechos. Pero tal diferencia en el plano de la filosofía política se traduce prácticamente en la oposición entre individualismo e institucionalismo, pues, como expondré más adelante, lo que caracteriza a la institución es la plasmación de tales valores, mientras que la estipulación, esto es el contrato, es la proyección de la autonomía de la voluntad.

Lo que define al verdadero conservador a lo largo de dos siglos es la defensa de las instituciones sociales, generadas por la historia e históricamente vivas. Toda idea, dirá Balmes¹⁴, necesita realizarse en una institución. Y ese institucionalismo le opuso ayer al individualismo de los liberales y, después al control por el poder público de dichas instituciones, tal como lo propugna un liberalismo convertido, a partir de Stuart Mill¹⁵, en social-democracia. Pero éste institucionalismo, consubstancial al conservadurismo clásico, le diferencia también de las posiciones reaccionarias. Mientras el conservador se mantiene dentro de una disciplina histórica e institucional, el reaccionario, cualquiera que sea su invocación y manipulación de la historia, se caracteriza por rebelarse contra la historicidad. Por eso se ha podido decir que el reaccionario es un “nuevo jacobino”. La “cólera racional” que de Maistre afirmara en *Las veladas de San Peterburgo* y el “decisionismo” de Schmitt, son, a juicio de un historiador de talento, el esqueleto fundamental del discurso reaccionario¹⁶ que lleva a una resacralización de lo político, ya providencialista, a lo de Maistre y Donoso Cortés, ya por la vía racionalista iniciada, a pesar suyo en Bonald y que culminaría en Maurras¹⁷.

Por ello no considero conservadores a Carlyle y otros pensadores de semejante talante cuasi carismático y afectos a la figura hiperindividualista del “héroe” de los que Burke siempre desconfió. Ni al mero antidemocratismo, pese a la desconfianza que los conservadores decimonónicos, especialmente los norteamericanos no menos que los franceses, han mostrado hacia el sufragio y, por ello no estimo que Maurras sea un prototipo de conservador, pese a los muchos rasgos conservadores de su pensamiento (apología de la autoridad, policratismo social, función integradora de la religión). Su análogo no es Burke sino Fichte¹⁸. Ni a los pensadores prendados en una teología (¿o, más bien, demonología?) política que conduce

¹⁴ *OCC*, IV, p. 302.

¹⁵ Cf. Schwartz, “Celebración de John Stuart Mill. Aprecio y crítica de un gran pensador” en Stuart Mill, *Autobiografía*, Traducción española, Madrid (Fundación Ico) 2007, p. XIII y ss. y *Principios de Economía y Política*, Libro II y libro V Cap. XI, (ed. citadas p. 21, 27 y ss., 267 y ss. y 1081 y ss.)

¹⁶ Después de redactar este trabajo, he conocido la sugestiva y casi tan hermética como su objeto, obra de Luis Gonzalo Díez: *Anatomía del intelectual reaccionario: Joseph de Maistre, Wilfredo Pareto y Carl Schmitt. La Metamorfosis fascista del conservadurismo*, Biblioteca Nueva, Madrid 2007, del cual tomo estas últimas líneas.

¹⁷ *Ibidem*, p. 327, 328, 333 y 257.

¹⁸ Maurras, a la vez agrio y admirativo tendrá este comentario: “La crítica es bella en su furia y en su ceguera voluntaria ¡qué desprecio por las lenguas latinas! ¡qué horror al espíritu latino! ¡qué fuerza para marcar el espíritu de las dos razas!” (*Quand les français ne s'aimaient pas. Cronique d'une renaissance*, Paris (Nouvelle Librairie Nationale) 1926, p. 26). Las acerbas críticas que Maurras hace de Fichte, tanto en la obra citada, como en *Devant l'Allemagne eter-*

al inmovilismo y, en consecuencia, a la pura reacción, (como es el caso de Bonald o de Maistre, verdaderos ejemplos de dogmatismo de la fe, indiferente a la realidad. Ni a pensadores apocalípticos como Donoso Cortés o C. Schmitt, puesto que “entre el sable y el puñal”¹⁹ hay muchas cosas que conservar y que el decisionismo pone en peligro, como la deriva pro nazi-plebeya del propio Schmitt demuestra.

B) Los principios del paleoconservadurismo

Esta raíz historicista y su consiguiente pragmatismo y relativismo lleva a que los principios básicos del pensamiento conservador raramente se expongan de manera sistemática, planteando sus fundamentos y extrayendo sus consecuencias, sino de manera anecdótica —v.gr. las obras de Guimour o Scrutton²⁰— y, en ocasiones, reactiva —v.gr. la obra de Nisbet²¹—. Pero de “la mentalidad conservadora”, corriente de pensadores y activistas que va de Burke a Elliot, según el conocido título de Russell Kirk²², pero también de Tocqueville a Bertrand de Jouvenel, y, sólo en ciertos aspectos, de Jovellanos (o aún mas atrás, como antes dije) en adelante, pueden extraerse los siguientes tres grandes principios: la valoración de la experiencia; el supraindividualismo; la opción por la libertad²³.

nelle (Paris, 1937, p. 243 ss.) son inconscientemente especulares. Maurras ofrece la misma retórica e incluso los mismos términos que Fichte, oponiendo Francia a Alemania, como, a la inversa, había hecho el mismo Fichte. Incluso su reproche al romanticismo fichtiano enlaza con el romanticismo del propio Maurras a la hora de pasar de la teoría a la práctica: De la crítica al sentimentalismo romántico *Romanticisme et Revolution*, Paris, 1925, donde recoge escritos anteriores, a la final efusión sentimental. No puedo localizar una cita de Maurras que me consta haber visto sobre su estética devoción hacia S. Miguel, protector de Francia, poco antes de su muerte.

¹⁹ La expresión en Donoso Cortés “Discurso sobre la dictadura” (1840), *OOCC* Madrid, (BAC), 1946 II, p. 204. Contrasta en el sentido apuntado en el texto, la expresión de Martínez de la Rosa, en las Cortes, el 22 de diciembre de 1821: “Desgraciado del Cuerpo Legislativo que tolere tales amenazas. Después de haber visto su autoridad menospreciada, las leyes en vigor y la libertad pública conducida al sepulcro, sabe que suerte le espera: o temblar bajo el hacha de la facción o huir ante las bayonetas de un guerrero ambicioso” (Cita Seco Serrano). Son varias las interpretaciones posibles del Marqués de Valdegamas, como doctrinario, tradicionalista o decisionista. Yo, más bien creo que cabe señalar un dualismo esquizoide a lo largo de toda su obra. En sus dos estudios estrictamente constitucionales “Los principios” de 1837 (*OOCC*, I, p. 333 ss.) y el “Dictamen” de 1845 (*OOCC*, II, p. 3 y ss.), Donoso es típicamente doctrinario y, como tal, diluye la soberanía constituyente en los poderes constituidos, a saber, las Cortes con el Rey, defendiendo un poder regio fuerte y una Segunda Cámara, se opone a los municipios democráticos y a la milicia nacional, si bien ya son notorias las tendencias autoritarias extremas (v.gr. *OOCC*, I, p. 337 y ss.). A esta actitud responden en parte, sus “Lecciones” de 1836 (*OOCC*, I, p. 211 y ss.) cuando define y defiende el régimen representativo y la soberanía de la inteligencia. La recepción expresa de los doctrinarios franceses se hace explícita en la lección novena, pero en las mismas “Lecciones”, se apuntan ideas poco doctrinarias que son constantes en el pensamiento de Donoso como es el caso del antihistoricismo, la invocación dramática del poder constituyente y el recurso a la dictadura. (loc. cit. p. 264, 275) El decisionismo parece acentuarse a partir de 1838 (Diez del Corral op.cit. p. 436 y 439 ss.) pero está implícito desde el comienzo. (Cf. “Opinión de Isturiz contra la convocatoria de las Cortes” (1835), *OOCC*, I, p. 180 donde defiende la dictadura o su constante oposición al régimen mixto tan caro a los doctrinarios, cf *OOCC*, I, p. 192 y 336).

²⁰ *Inside Right. A study of Conservatism*. Londres 1977. *The meaning of Conservatism*, Nueva York 1980.

²¹ *Conservatism. Dream and reality*, Mineapolis, 1986.

²² *The conservative mind. From Burke to Eliot* (7ª ed.), Regnery, Washington, 1995.

²³ Compárense con los seis cánones del pensamiento conservador según Kirk, *Ib* p. 8 y ss.

¹⁹ Creencia en que la providencia divina gobierna la sociedad tanto como la conciencia, forjando una cadena extensa de derechos y deberes que vincula misteriosamente a vivos y muertos.

²⁹ Afección por la fecunda variedad y misterio de la vida frente a la estrecha uniformidad y las metas igualitarias y utilitarias de los sistemas radicales.

a) Experiencia vs. teoría

En primer lugar, la *afirmación del valor de la experiencia* frente a la construcción teórica. Una aversión a la construcción teórica patente entre los doctrinarios, como antes dije, muy señalada en Balmes, y que, en el caso español lleva a rayar cuando no incidir en el pleno utilitarismo que tanto escandalizara a Burke. Sirva de ejemplo la admiración de Alcalá Galiano por Bentham²⁴. Opción en pro del conocimiento práctico sobre el saber técnico como los denominaba Michael Oakeshott²⁵ cuyas consecuencias rechazables son el pensamiento dogmático y normativo convertido en ingeniería social, ya actúe esta por la vía de la revolución o, lo que es lo mismo, de la reforma radical. El conservador considera la especie más sabia que el individuo y se atiene al capital históricamente acumulado por aquella. Un capital que no se trata simplemente de atesorar, sino de utilizar con sensatez. De ahí el apego a la tradición, moderada por la conveniencia. De ello es buen ejemplo, la actitud de Cánovas, historiador de vocación, pero que no atiende al pasado como mero anticuario, sino que lo matiza a través de lo que una y otra vez considera la experiencia vivida. De ahí, también, el valor que se da al prejuicio que es el juicio previo que la experiencia acumulada permite. Autores tan distantes y diferentes pero insertos en la misma mentalidad, Burke, Balmes y Oakeshott, utilizan términos prácticamente idénticos al respecto. La prescripción, “el mas sólido de todos los títulos”, genera una “presunción” a la que es insensato no atender, hasta que experimentalmente se demuestre su inconveniencia

El conservador no niega el cambio, no pretende “esclavizar el futuro a la visión del pasado”, como, al decir de Berlin, hacía la reacción²⁶, antes bien lo considera “instrumento indispensable de la terapia social”, hasta el punto de que “allí donde no hay instrumentos de cambio también faltan los instrumentos para la conservación” (Burke), de modo que “si no queréis revoluciones haced evoluciones” (Balmes). Pero rechaza lo que un conservador a su pesar, Mirabeau, denominaba “la subitaneidad del tránsito”. Si la reforma es necesaria, decía Burke, su ejecución ha de ser delicada. Si, a su juicio, es preciso eliminar lo que resulta inútil o disfun-

^{3º} Creencia en que la sociedad civilizada requiere órdenes y clases de manera que la única verdadera igualdad es la igualdad moral; todos los intentos de nivelación a través de la legislación positiva, conducen a la desesperación.

^{4º} Creencia en la inseparabilidad entre la propiedad y la libertad.

^{5º} Fe en la prescripción y desconfianza hacia los sofistas y calculadores. El hombre debe controlar su voluntad y apetitos.

^{6º} Reconocimiento de que el cambio y la reforma no son idénticos y que la innovación supone muy frecuentemente más un conflicto destructor que un progreso.

²⁴ Cf. Díez del Corral, *op. cit.*, I, p. 416.

²⁵ Las referencias a Michael Oakeshott se refieren a *Rationalisme in Politics and others essays*, Londres 1962 y *On Human conduct*, Londres 1975.

²⁶ “Joseph de Maistre y los orígenes del fascismo”, *El fuste torcido de la Humanidad*, traducción española, Península, Barcelona, 1995, p. 138. A este pensamiento reaccionario, que no conservador, se refiere la investigación de J. Herrero, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Edicusa, Madrid 1971.

cional, también apreciaba como decía ante los Comunes en 1782 “con reverencia filial la Constitución de mi país y nunca la haré pedazos poniéndola en el caldero de un mago para que la haga hervir y lograr con sus componentes una pócima que le proporcione juventud y vigor,” y conocidas son sus famosas palabras sobre el respeto filial con que se deben curar las heridas del Estado. Confía, por el contrario, en el desarrollo orgánico de la propia sociedad y de sus instituciones; e incluso, es un reformador moderado como demostró en su gestión ministerial y en sus propuestas sobre el gobierno de Irlanda y de la India. Entre los españoles, no otra es la posición de Jovellanos cuando pretende reformar la constitución tradicional española en su *Consulta sobre la convocatoria de las Cortes por Estamentos* (1809) y, al menos en el plano retórico, la actitud de Martínez de la Rosa expuesta en el Estatuto Real, la de los mismos redactores de la Constitución de 1845 y, a todas luces, la de Cánovas. Por eso, como ha puesto de relieve Carlos Seco en su *Historia del conservadurismo español. Una línea política integradora en el siglo XIX*,²⁷ semejante corriente de pensamiento se sitúa, con oscilaciones a uno y otro lado, entre el inmovilismo reaccionario que no admite cambio alguno y el progresismo que olvida o pretende anular el pasado. Los conservadores, “hermanando el orden con la libertad”, propugnan abrirse a lo que Martínez de la Rosa denominó *El espíritu del siglo*,²⁸ pero sin renunciar a la identidad que, como lastre y legado a la vez, arroja el pasado.

Sin duda, la presión en pro del cambio de un mundo que alguien tan poco sospechoso de conservadurismo como Anthony Guiddens ha calificado de mundo desbocado, ha acentuado en el pensamiento conservador la resistencia al cambio. Tal es el caso del sociólogo Nisbet ó de un teórico de la política como Oakeshott. Para este último, cualquier innovación, por necesaria o inevitable que sea, constituye una pérdida de lo que ya es y como tal resulta conocido, para obtener algo, que por no ser todavía, resulta desconocido. De ahí, el apego al ser frente al deber ser, que subyace a toda su obra.

Sin embargo, otra corriente más audaz del pensamiento conservador considera que, como afirmaba Disraeli, en un país abierto al progreso, el cambio es constante. El gran problema consiste no en cómo oponerse al mismo, que es inevitable, sino en cómo conducirlo de acuerdo con las maneras, costumbres, leyes y tradiciones del propio pueblo y no de acuerdo con principios abstractos y doctrinas arbitrarias por pretendidamente generales, hasta hacer pasar las aguas de la novedad por el viejo canal de la costumbre. Si el símbolo del constructivismo, caro a los reformadores radicales, es el trazado de una nueva ciudad, el crecimiento de

²⁷ Madrid (Temas de hoy),2000. Cf. mi estudio “Eduardo Dato Iradier” en *Académicos vistos por académicos. Seis políticos españoles*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 1999, p. 129 ss.

²⁸ *Obras Completas de Francisco Martínez de la Rosa*, Baudry, París, 1844, V, *Espíritu del Siglo II*, p. 312.

la planta es el de la mentalidad conservadora. Por eso, los políticos verdaderamente conservadores, sea Lord Salisbury sea Dato, dan un gran valor a la continuidad por encima de los cambios de gobierno y aún de partido gobernante.

Semejante planteamiento tiene importantes consecuencias. Por una parte, supone la valoración positiva de la historia como génesis y fundamento del presente. Por otra, en la insistencia en el mantenimiento de la transmisión del legado cultural en que la tradición consiste. Y, en fin, su atención a una historiografía concreta²⁹ con pretensiones de rigor y precisión, frente a la historiografía hipotética propia de la Ilustración cuyo paradigma es la tesis de Rousseau que no atiende a los hechos históricos sino a sus condiciones de posibilidad racional. Los conservadores se opondrán así a quienes pretenden hacer tabla rasa del pasado, porque consideran que con ello amortizan el capital humano acumulado y destruyen la propia identidad colectiva e individual. El hombre es social y la sociedad heredera, y rechazar tal legado atenta a los fundamentos y esencia de la sociedad misma. Es un conservador romántico, Sir Walter Scott quien, a través de la novela histórica, populariza las ideas de Burke y Nathanael Hawthorne quien, muchas décadas después, trata, en sus relatos, de recuperar la memoria histórica de Nueva Inglaterra³⁰.

²⁹ Alemania encabeza esta tendencia al marchar por la vía regia de la historiografía crítica desde las *Antigüedades* de Niebuhr hasta la *Historia Universal* de Ranke pasando por la edición de los *Monumenta*. El nacimiento de la escuela historiográfica prusiana será una consecuencia de ello. Si hasta decenios después, la historiografía crítica no se recibe en Francia (la aparición de la *Revue Historique* en 1876 es una fecha emblemática) ya el conservadurismo de la Restauración se refleja en la escuela de Chartres y Guizot es profundamente historicista (Cf. Díez del Corral *op. cit.* I, p. 278 ss.). En Inglaterra los historiadores, de Hallam a Stubbs, se insertan en la misma mentalidad, si bien, al decir de Maitland, “cuando volaban bonitos pájaros en nuestros jardines, en Alemania era ya primavera”.

³⁰ Kirk, *The Conservative Mind*, *cit.*, p. 119 y 250 ss. ¿Por qué en España la novela histórica, pese a la precocidad, abundancia y actualidad del subgénero no cumple la misma función?

Permitásemme, para ensayar una respuesta a la cuestión, un breve excursus. No es necesario definir el género ni ahondar en los que lo preceden y contribuyen a su gestación —la gran épica antigua, la novelística italiana del Renacimiento y el drama histórico moderno de Lope de Vega y Shakespeare a Schiller—; baste señalar que la novela histórica, engendrada en el seno del historicismo, aparece como una novedad, respuesta a las mutaciones económicas, sociales y políticas provocadas por la Revolución Francesa (Lukács). El paralelo con el conservadurismo clásico, tal como se ha definido en el texto es, por lo tanto, evidente. En lo que a España se refiere, dos son las grandes tendencias de la novela histórica decimonónica que termina engarzando con la novela realista de fines del XIX: La generada por Chateaubriand con *Los mártires del cristianismo*, que sitúa la acción en la antigüedad y llega, con pujanza, hasta nuestros días (cf. Gual, *La Antigüedad novelada*, Madrid, Diagrama, 1995) y la generada, por Walter Scott y que sitúa la acción en la Edad Media para atender, fundamentalmente, a la génesis de las naciones modernas de Europa y que es la propiamente conservadora en el mundo anglosajón y en el germánico y escandinavo. En España puede considerarse iniciada en 1823 con *Ramiro, conde de Lucena* de Humerá y Salamanca (cf. Llorens “Sobre una novela histórica: Ramiro, conde de Lucena” *Revista Hispánica Moderna*, XXI, 1-4, 1965, p. 289) y se desarrolla hasta 1868 (cf. Ferreras, Madrid, *El triunfo del liberalismo y la novela histórica*, Taurus, Madrid, 1976).

A mi juicio, la primera de las razones de la “anemia conservadora” de la novela histórica en España, es su falta de originalidad. La novela histórica del romanticismo pende del modelo Walter Scott, mas que ninguna otra en la literatura comparada y así lo han puesto de manifiesto, desde el propio Menéndez y Pelayo (“Apéndice sobre la Literatura Española del s. XIX” En Ticknor *Historia de la Literatura Española*, III, Ed. Bajel S.A., Buenos Aires, 1948 p. 315 y ss.; en especial 335 y ss.) hasta la más reciente crítica (v.gr. Almela “La novela histórica española durante el siglo XIX” en Jurado Morales (ed.) *Reflexiones sobre la Novela Histórica*, Universidad de Cádiz, 2006, p. 104 ss.), pasando, entre otros, por los trabajos de Allison Peers (“Studies on the influence of Sir Walter Scott in Spain” en *Revue Hispanique*, LX, 1922, p. 227 y ss.). La abundancia de referencias periodísticas a Scott y de traducciones de sus obras,

Pero, de otro lado, el verdadero conservador no se aferra a una época, idealizada como al paraíso perdido. Sabe que la historia es evolución en la que nacen, se desarrollan y mueren las formas culturales y las civilizaciones mismas y se opone a la quiebra de esta evolución tanto como a su estancamiento. La posición de Savigny y de la Escuela Histórica del Derecho ante la codificación es buena prueba de esta actitud. La crítica al Código se fundamentaba en la inconveniencia de congelar en un preciso momento lo que se estimaba debía ser el fluir espontáneo del derecho popular.

Y, por último, porque la historia, por definición, lleva a valorar lo singular, la identidad histórica resulta infungible. El conservador, que aprecia cada identidad, comenzando por la propia, —“la variedad es matriz del placer”, escribía Disraeli en *Vivian Grey*— no trata de exportar sus formas de vida y se limita a defenderlas con notable tenacidad. El imperialismo romántico de Disraeli no es una excepción. Pudo ser civilizador, pero mediante la dominación, esto es la conquis-

desde 1818 en adelante y autodeclaraciones como la de López Soler en su Prólogo a *Los bandos de Castilla o el Caballero del Cisne* excusan de insistir en ello. Y todo ello pese a los problemas suscitados por la censura que revela la insensatez de los conservadores españoles de la época, en este caso, víctimas de su obsesión clerical. (Cf. González Palencia “Walter Scott y la censura gubernativa” en *Revista de la Biblioteca Archivo y Museo* IV, 1927 p. 147 ss.). Baste señalar la diferencia entre la experiencia española y, por ejemplo, la italiana, donde la novela histórica nace antes de que se conociera la obra de Scott, por importante que después fuera su recepción (cf. Porras, *La Novela Histórica y el Risorgimento. España y la novela histórica italiana* Universidad de Valladolid, 1999, p. 21). Esta carencia de autotonía lleva, como segunda razón destacada por las citadas Almela y Porras, a que la novela histórica española, tenga una finalidad estrictamente lúdica, frente a la intencionalidad pedagógica y propagandística de la obra de Scott o la de los autores italianos incluyendo Manzoni (*locs. cit.*, respectivamente, Almela p 111 y Porras, p. 115) Por eso se convierte pronto en España en simple Novela de Aventuras (Ferrerías). Sin embargo, no faltan síntomas de lo contrario: Hay importantes intentos de “nacionalizar” la novela histórica como es la propia declaración inicial del ya citado López Soler en *Los bandos de castilla* o la “Colección de novelas históricas originales españolas”, lanzada en Madrid, desde 1833, por el editor Manuel Delgado.

Yo más bien creo que la irrelevancia de la novela histórica española para la difusión del pensamiento conservador se debe, junto a la debilidad de éste mismo pensamiento, a como se recibe el romanticismo en España. Como acertadamente señala Almela. El romanticismo historicista, v.gr. de Chateaubriand, aparece en 1814 y más aún en 1823, ligado a la reacción política. Así el propio Chateaubriand organiza, como ministro de Luis XVIII, la expedición de los Cien mil hijos de San Luis. Pero, a partir de 1830, el romanticismo que se recibe es ya más liberal e incluso libertario que historicista. Frente a la continuidad integradora de la historia —y de la historiografía— británica y, en general anglosajona, a la que pretende servir la obra de Scott, la historia española aparece truncada en 1714 —díganlo los austracistas!— y en 1808, reinventada —baste pensar en el Discurso Preliminar de la Constitución de Cádiz y en obra de Martínez Marina— e interpretada desde perspectivas antagónicas —las dos Españas que nutren las guerras carlistas—. El intento conciliador al que responde la obra de Scott tendría su paralelo político en los empeños bastante menos poéticos e igualmente frustrados de nuestro Balmes. Por otra parte, la reivindicación nacional a la que sirve la novela histórica en otros pagos, v.gr. Italia (cf. Porras, *loc. cit.* p. 33 ss.) no existe en España, donde la propia idea del ser nacional —pese al énfasis de 1812, de sus protagonistas y comentaristas— esta lastrada por la quiebra de la continuidad histórica inherente a la conciencia nacional. Sirve de contrapueba su mayor presencia en los autores de ámbito catalán v.gr. Ramón López Soler que, aún escribiendo en lengua y sobre tema castellano, se encuentra en los orígenes de la Renaixença.

A todo ello, habría que añadir un rasgo típicamente español. Baste pensar que una de las piezas inaurogales del drama histórico romántico en nuestro país es *Abén Humeya o La rebelión de los moriscos*, de Martínez de la Rosa. (*OCC*, II, p. 19 ss.). Elogia a los moriscos y denigra a los castellanos, sin perjuicio de que el elogio de los primeros, no evita la crítica de todas sus instituciones y actitudes. ¡Eso jamás lo hubiera hecho Walter Scott!. La continuidad de estos enfoques de la historia, (institucionalista y nihilista respectivamente) se comprueba comparando las obras, magistrales ambas, de O'Brien sobre la Armada Británica y las de Pérez Reverte sobre el Capitán Alatriste.

ta, no por la asimilación y la obra de Kipling es prueba de ello. De ahí, una política internacional que, frente al imperialismo de todos los revolucionarios, comenzando por los franceses, sea favorable a los equilibrios y contraria a los imperialismos e, incluso a las grandes construcciones nacionales. El caso de los viejos conservadores prusianos, opuestos a la construcción de un Imperio nacional alemán es paradigmático al respecto.

La actitud de Burke ante la guerra, siempre defensiva y jamás mercenaria³¹, su conocida diferente estima de las Revoluciones americana y francesa y su defensa de irlandeses e indios se debe, tanto a la valoración de las identidades concretas, como a este factor de moderación que confirman la política internacional propugnada por Metternich³² o la defendida por los doctrinarios franceses³³, basadas ambas en el equilibrio y la moderación. El conservadurismo norteamericano clásico, piensesé en las diferentes generaciones de Adams, desde John Quincy a Brooks, siempre se ha opuesto al creciente imperialismo de su política exterior y ello en virtud de la modestia y humildad que ha propugnado el conservadurismo. Ello debería servir para reinterpretar el aislacionismo de Canovas respecto de las alianzas europeas o el neutralismo de Dato en la Iª GM.

b) Supraindividualismo: orden concreto, pueblo, conciencia nacional

En segundo lugar, la *resistencia hacia la construcción teórica lleva a desconfiar del individuo*. El “individuo”, generalización del “yo”, es una abstracción intelectual de la realidad inmediatamente perceptible que es la vida, siempre relacional cuando no comunitaria, y el conservadurismo clásico atiende a la vida real más que a la construcción de la razón abstracta. Conocidas son las críticas de Balmes al respecto. Por ello, la Escuela Histórica, uno de los principales pilares del pensamiento conservador, fue, al decir de Ortega “el primer enfrente de la conciencia científica con una extraña, forma o región de la realidad hasta entonces inadvertida. La realidad que es la vida humana”. Y la consecuencia evidente es procurar, como hiciera Balmes, que el orden político sea reflejo del orden social³⁴.

En efecto, lo que la experiencia histórica muestra al conservador es que el hombre nace y se desarrolla en un grupo social del que recibe su identidad y capacidad, al cual aparece siempre vinculado y a cuyo margen, como señalara Durkheim

³¹ Cf. Welch, *Edmund Burke and International Relations*, Oxford, 1995

³² Kissinger, *A work restored. The Politics of Conservatism in a Revolutionary Age*, The Universal Library, Nueva York, 1964.

³³ Cf. Díez del Corral, *op. cit.*, I, p. 343.

³⁴ Ortega, “Dilthey y la idea de la vida”, *OOCC* (Edición 1961) VI, p. 177. Cf. Balmes *OOCC*, VI, p. 404 y 303 ss.

en obra famosa, se arriesga a la autodestrucción. Y es en su opinión, en tal horizonte donde el hombre adquiere y goza de sus derechos y alcanza su bienestar.

Por ello, el humanismo del conservador no es el de los derechos fundamentales del individuo sino el de los valores, caracteres y situaciones que identifican socialmente al hombre. De ahí, la estima de los órdenes concretos, esto es la urdimbre que hace efectivamente posibles los derechos instituidos de los hombres. Derechos concretos, de hombres concretos, derechos no naturales sino instituidos, en términos de Burke, “por un modelo complejo de relaciones de todo tipo que no solamente desarrollan la personalidad del individuos sino que también sirven para enseñarle la verdad de su propia naturaleza mediante un proceso disciplinado”³⁵.

Se trata de órdenes por comunión que, en el pensamiento conservador, se substantivizan y convierten en normativos. Son tales órdenes los que segregan su entramado institucional y jurídico, hasta hacer a la historia constituyente y al espíritu del pueblo en ella decantado legiferente. Tal es la concepción del derecho propia de la Escuela Histórica, frente a la concepción racional-normativa del mismo. Para aquella, el derecho es un “ser”, desde siempre ya ahí, a cuya orgánica evolución contribuyen los jurisprudentes. Para ésta es un “deber ser” producto de la voluntad del legislador. Para la Escuela Histórica, es “cándida e infantil la creencia de que el derecho se crea por los reyes o las Asambleas y que estos lo modifican a su gusto”³⁶ y de tal idea se deducirán conceptos como el de Constitución histórica, en expresión de Cánovas, “constitución interna”, o “latencia” y consiguiente “imprescriptibilidad” de los derechos históricos.

Por eso, el pensamiento conservador es contrario al unilateralismo constituyente propio, no solo del progresismo decimonónico, sino del decisionismo cualquiera que sea la instancia decisoria. Ahí los conservadores españoles se muestran mas cercanos del paradigma anglosajón inspirador e inspirado por Burke que de los teóricos legitimistas del Principio Monárquico en Alemania e incluso en Francia. Si la “Charte” de 1814 y no digamos las constituciones centroeuropeas, se presentan e interpretan como concesiones del Soberano, en España, desde el Estatuto Real y la Constitución de 1845, explícitamente, a la de 1876 de modo implícito, aparecen como actualización de lo que ya existía, Rey y Cortes, actualización constituida del único poder constituyente, sin duda la comunidad nacional, pero que sólo en esas instituciones históricas puede expresarse sin renunciar a su ser³⁷.

³⁵ Citado por Kirk, *Burke, cit.*, p. 177.

³⁶ Cf. Bruns “Geschichte und Quellen des römischen Rechtes”, párrafo II, en Holtzendorff, *Encyclopedie*, 4ª edición, 1882.

³⁷ Díez del Corral, *op. cit.*, p. 474 ss.

Ahora bien, el principal orden por comunión es la propia comunidad política, la nación, que además, potenciada por la Revolución y destruidas o debilitadas otras comunidades transnacionales, *v.gr.* la solidaridad esta entre o que se convierte en casi el único y en todo caso principal factor de identidad colectiva. Por eso la Nación y su integridad devienen un tema capital del pensamiento conservador. Después de Dios, es lo primero en cuestión de afectos, dirá un intelectual moderado como Lord Hailsham, y, de ahí, que los políticos realmente conservadores supediten a los intereses de la nación y a la consiguiente política de Estado los particulares intereses de los partidos³⁸.

Pero, frente a la nación de ciudadanos, la mentalidad conservadora considera la nación como una obra de arte producto del tiempo. Una nación, dirá Burke en su discurso de 1782 contra la propuesta del joven Pitt para reformar la representación en las Comunes, "...no es solo una extensión geográfica y de momentánea acumulación de individuos, sino una idea de comunidad que se prolonga en el tiempo, en la cantidad y en el espacio... es una deliberada selección de tiempos y de generaciones". Y el eco de Disraeli reiterará que "la Nación ha surgido gradualmente de la confluencia de diversos factores: La influencia de la organización primigenia, del clima, del suelo, la religión, las costumbres, maneras, accidentes e incidentes extraordinarios de su propia historia y del carácter individual de sus más ilustres hijos. Estas influencias configuran la nación y su carácter propio". No es muy distinta la idea de los doctrinarios franceses y españoles al concebir la nación integrada por instituciones y no por individuos, por más que en su práctica gubernamental y legislativa no siempre sacaran las conclusiones de ello³⁹.

El concepto de pueblo como comunidad, objetivamente caracterizada por factores tales como la lengua, el derecho, la religión, expresivos de su propio espíritu y que integra afectivamente a sus miembros es un elemento central de la mentalidad conservadora, cuya tematización es la aportación fundamental de la Escuela Histórica. Pero el pueblo, no es una entidad biológica, sino histórica, es decir cultural y jurídica, algo muy importante a la hora de interpretar lo que el "ethnos" significa para el pensamiento conservador. "En un estadio de tosca naturaleza no hay nada semejante a un pueblo. Un número de hombres por sí solo no tiene carácter colectivo. La idea de un pueblo es la idea de una corporación", dirá Burke al dirigirse a los nuevos Whigs en 1791⁴⁰.

³⁸ Cf. Hailsham, *The Conservative Case*, Larmond Worth 1959 y *The Door Wherein I went*, Londres 1975.

³⁹ Burke, Discurso de 1782. La cita de Disraeli en *The Runnymede Letters* 1836. Un claro paralelo en Cánovas (Diez del Corral, *op. cit.*, I, p. 471, Cf. también p. 269). Cf. v.gr. von Adrian-Werburg, *Zentralisation und Deszentralisation im Österreich*, Viena, 1850, entre otros.

⁴⁰ *Appeal from the new to the old Wighs, Works, cit.*, IV, p. 169-170.

Las consecuencias de esta noción de pueblo serán importantes. Por una parte, su estructuración interna que fundamentara el organicismo y el aristocratismo al valorar lo que los antiguos denominaron la “melior pars”: “hay un pueblo —decía Burke en el mismo discurso— sólo cuando existe una unidad orgánica de rangos ordenados”. Por otro lado, la juridificación de la misma noción de pueblo: “...creado como toda otra figura legal por convención... cuando los hombres rompen la convención original que le da forma corporativa, ya no son un pueblo. Son un número de individuos y nada más”. La interpretación que Jovellanos hace de la ruptura de la Constitución tradicional española por la convocatoria de las Cortes al margen de la legalidad establecida sigue exactamente las mismas pautas. La Escuela Histórica saca las debidas consecuencias de todo ello. Si el derecho emanaba del espíritu del pueblo, también contribuía a configurarlo y la destrucción de aquél erosionaba a éste; pero eran los jurisperitos quienes representaban existencialmente al pueblo a la hora de desvelar y hacer progresar al derecho.

Las relaciones entre conservadurismo clásico y nacionalismo son ambiguas. Históricamente el nacionalismo responde a un imperativo de cambio y modernización, puesto que trata de construir una conciencia nacional y todo lo que ello supone de secularización y democratización, sobre un modelo exterior, al menos desde un punto de vista lógico, cuando no cronológico o geográfico. Mientras el casticismo supone una reafirmación de los propios valores culturales, en muchos casos y por eso se reafirman, superados por el nivel histórico, el nacionalismo implica la asunción de nuevos valores desde la propia identidad. Por ello, los conservadores —los alemanes igual que los hindúes—, fueron más castizos que nacionalistas. De ahí, que gran parte del sedicente pensamiento conservador español sea más proclive al casticismo que al nacionalismo. Más bien sería calificables de nacionalistas, paradójicamente los afrancesados, parte de los doctrinarios y quienes, como Ortega, proponían “Europa como nivel”⁴¹.

En una primera fase, los conservadores se oponen al emergente nacionalismo liberal que destruye el orden tradicional en el interior y amenaza el equilibrio exterior, pero su patriotismo no deja lugar a dudas, primero como afecto al suelo natal, a las propias costumbres e instituciones, en una palabra a la propia identidad. Y, desde muy temprano y como respuesta a la ciudadanía propugnada por el liberalismo, formulan un concepto orgánico y concreto del pueblo. Así, para Coleridge, el verdadero patriota apreciará no sólo cuanto contribuye a la felicidad y al bienestar de los individuos, sino cuanto tiende a integrarlos más íntimamente en un pueblo; idea de integración nacional de las diferentes clases que Disraeli lleva a su cumbre y que es el fundamento de la proyección exterior de dicha nación nimbada

⁴¹ He esbozado esta idea de nacionalismo en mi ya vieja tesis doctoral *Nacionalismo y Constitucionalismo*, Tecnos, Madrid, 1971, cap. I. Sobre la relación un tanto ambigua de conservadurismo y nacionalismo en España. Cf. Cuenca Toribio, *Nacionalismo, Franquismo y Nacionalcatolicismo*, Actas, Madrid, 2008.

da de un halo de gloria. El conservadurismo francés, indebidamente tildado de “bonapartista”, frente al liberal u “orleanista”, y que llega hasta el gaullismo, responde a esta visión de la Nación, tanto en cuanto a la solidaridad interior se refiere, como a la proyección exterior de la “grandeur”. Entre los conservadores españoles, Maura y Cambó ofrecen claros paralelismos con tal actitud. Pero, a mi juicio, tal vez sea Francisco Silvela quien mejor responde a ella, aunque, frecuentemente, haya sido tildado de lo contrario. Solamente un pulso en exceso firme, permite detectar la falta de pulso que Silvela diagnosticara a su país.

La coincidencia entre conservadurismo y nacionalismo se produce por dos vías. De una parte, la deriva postrera del paleoconservadurismo hacia lo irracional, de la que más adelante me ocuparé, le lleva a coincidir con posiciones ultranacionalistas. De ello es buen ejemplo, l’Action Francaise, sus epígonos españoles y portugueses y el nacionalismo prefascista italiano de los años veinte del pasado siglo. De otro lado, para los muy numerosos conservadores ilustrados resultó día a día más evidente que la nación era el único polo de identificación comunitaria y por consiguiente de solidaridad social que resistía al cambio inherente a la sociedad industrial. Esto es, que la nación era lo primero que debía conservarse. De ahí, la convergencia entre nacionalismo y patriotismo conservador, aunque no todo nacionalista es conservador y, frecuentemente, el conservadurismo rayano en la reacción no sea nacionalista.

En todo caso, de la valoración conservadora de la Nación se derivan tres importantes consecuencias: Por un lado, una atención a la solidaridad social que primero se busca en el orden tradicional y, cuando éste se da por irremisiblemente perdido, en medidas de política social. Los miembros de un mismo pueblo, por el solo hecho de serlo han de gozar, en caso de desdicha o necesidad, del apoyo solidario del resto del pueblo, puesto que lo contrario imposibilitaría la verdadera integración del mismo. De ahí la preocupación conservadora ante la desigualdad extrema provocada por la revolución industrial al punto de considerarla incompatible con la propia constitución política de la nación. Ya en Burke se encuentran señales de ello, que el giro proobrera de Disraeli y, después de Joseph Chamberlain, confirma y el “One Nation Group” de los Tory británicos⁴² o las medidas sociales que, frente a la oposición liberal, introdujeran Bismark en Alemania y en España el conservador Dato responden a esta idea.

De otra parte, la mentalidad conservadora propugna una política internacional basa en el interés nacional, sin duda en el propio, pero cuya moderación

⁴² Cf. Stanlis, *The Relevance of Edmund Burke*, Nueva York, 1964, p. 24. El *One Nation Group* fue creado en 1950 por nueve “back benchers” del partido conservador británico para promover la política social conservadora engarzando con las ideas de Disraeli (*Sybil*, 1845). Su programa fue concretado en dos panfletos, *One Nation* (1950) y *One Nation. Change is our ally* (1954). En dicho grupo se manifiestan dos tendencias, una más favorable al intervencionismo y otra al mercado, rayana en el liberalismo, pero siempre con la misma finalidad de mejora la solidaridad social de la Nación. (Cf. Seawright *The British Conservative party and One Nation Politics*, Oxford University Press, 2008).

antes mencionada, permite reconocer y aun comprender el ajeno. El realismo desarrollado a partir de Morgenthau es consecuencia de ello.

Por último, los conservadores prestan especial atención a la religión, fenómeno eminentemente supraindividual, pero cambiando progresivamente de perspectiva. Burke, Coleridge o el primer Adams entre los anglosajones y los primeros doctrinarios, consideraron la religión como fundamento del orden social haciendo a éste un derivado de la naturaleza regida por la ley divina. Esto es, la religión es valorada como tal y su relevancia político social es una consecuencia de su verdad trascendente. El orden social se fundamenta en la voluntad del Creador y la falibilidad humana se explica en términos religiosos. No en balde los doctrinarios franceses mas notables eran hombres piadosos, ya de confesión calvinista como Guizot, ya católicos de tendencia jansenista como Royer Collard; pero otro tanto puede decirse de un doctrinario español católico como Cánovas⁴³.

Muy pronto, sin embargo, adquiere más y más importancia la valoración de la religión como factor de identificación y de cohesión nacional y, según avanza la secularización y el pluralismo religioso, insistirán más en lo segundo. Falsa o verdadera, dirá ya Coleridge, la religión ha sido y será siempre el centro de gravedad de la sociedad. Las obligaciones civiles reciben así un fundamento trascendente y no se concibe una fe que no las santifique, hasta el punto de identificar el adorar a los dioses con el obedecer a la ley. Aunque el sentimiento religioso siempre ha permanecido vivo entre los conservadores —sea en el vago deísmo de Balfour, en la simpatía no confesional de Babbitt, en el anglicanismo militante de More, en el anglocatolicismo de Eliot, o en el austero cristianismo de Lord Hailsham que, sin perjuicio de motivar religiosamente sus convicciones, detesta la mixtión de fe y política—⁴⁴, cabe decir que lo importante desde el punto de vista político no es el elemento de Fe, sino el culto y el servicio. L'Action Francaise, “católica, pero atea”, al decir de Maurras, que, como ya advertí no es un conservador típico, en el sentido aquí analizado, es una deformación de esta idea que su obsesión romanista aparta de la propia tradición galicana.

Por el contrario, en el campo conservador clásico, las Iglesias de Estado, serían, así, otros tantos exponentes de lo que, parafraseando a Durkheim, denominaríamos “formas superiores de la vida religiosa”. Agnósticos declarados como Lord Curzon o Enoch Powell pudieron ser partidarios de la Iglesia nacional. Precisamente por su carácter identitario, esta religiosidad no tiene vocación misionera y a ello se suma la humildad y modestia de la política exterior conservadora, antes señalada y que se opone a las tentaciones imperialistas, desde Burke en Inglaterra, como ya quedo dicho, a Babbitt en los Estados Unidos.

⁴³ Díez del Corral, *op. cit.* I, p. 262 ss. y 460.

⁴⁴ Hailsham *The Conservative Case, cit.*, p. 19 ss.

En todo caso, la religiosidad que impregna el conservadurismo clásico se diferencia la resacralización de lo político antes señalada en los penadores calificados como reaccionarios. Una cosa es destacar la función social de la religión o, incluso, afirmar el fundamento trascendente del orden social y otra someter dicho orden a una inmutable normativa divina (Bonald), a una arbitraria providencia (de Maistre) o a una mitología política, realmente neopagana aunque se preciase de católica (Schmitt).

Sin embargo, no faltan casos y el español es uno de los más significativos al respecto, en que la importancia del factor religioso es tal que determina el resto del pensamiento conservador hasta desnaturalizarlo. La obsesión antipapista llevó a los conservadores británicos, pese a la influencia doctrinal del propio Burke, a frustrar las numerosas ocasiones de resolver, dentro de la unidad monárquica, el problema irlandés. Y así, el factor religioso contribuyó decisivamente a sacrificar otros valores conservadores de mayor importancia, como la propia estructura constitucional. En España, la obsesión por la “unidad católica”, que sólo el conservadurismo canovista consiguió abordar sensatamente, venciendo innumerables resistencias en su propio campo, fortaleció, antes y después de Cánovas, las tendencias más radicales de los propios conservadores y contribuyó a lo que Carlos Seco ha denominado “la frustración del regeneracionismo conservador”⁴⁵.

c) Libertad vs. Igualdad

El tercer gran principio que, a mi juicio, articula la mentalidad conservadora es la opción por la libertad frente a la igualdad.

El conservadurismo clásico siempre se opuso a los principios igualitarios. Afirmó, sin duda, la igualdad moral entre todos los hombres y ello diferencia al conservadurismo de las diferentes posiciones filodarwinistas. Burke, repitiendo a Platón denominara a la igualdad natural de los hombres “madre de la justicia”⁴⁶. La versión religiosa de esta igualdad moral suponía la igualdad ante la Gracia y el juicio y, de tejas abajo, podía enunciarse con la segunda formulación del imperativo kantiano: trata al otro como quieres que te traten a ti. Pero los conservadores clásicos siempre consideraron, frente a Rousseau, que la desigualdad se daba en la naturaleza, que era la cultura la única capaz de atenuarla y que, en todo caso, la organización social, por el mero hecho de ser organización, implicaba una jerarquía, esto es una desigualdad. De ahí su constante valoración de la autoridad, en la que después insistiré y del elitismo y aristocratismo de todo el conservadurismo clásico, incluso en sus versiones más indudablemente democráticas como es el caso de Russell Kirk.

⁴⁵ *Op. cit.* p. 281 ss.

⁴⁶ *Tracts on Popery law, Works, cit.* VI, p. 323.

A ello responde la tesis doctrinaria de la “soberanía de la inteligencia”⁴⁷ y, en términos más operativos, su preferencia por el sufragio restringido y aún indirecto y por la Cámara Alta, desde la interpretación del Senado norteamericano que diera Hamilton, hasta, por poner un ejemplo más cercano, los proyectos de reforma constitucional de Bravo Murillo, pasando por la insistencia en la segunda Cámara que hiciera Balmes. Dicho sea de paso, el más agudo entre los defensores de la segunda Cámara, al analizar los fundamentos de su posible utilidad como institución independiente, tanto de las elecciones como de la voluntad regia o gubernamental, al propugnar su basamento sociológico⁴⁸.

Se juega en ello la cuestión de la propia legitimidad del sistema. En efecto, una vez quebrada la legitimación tradicional de la monarquía hereditaria y detestada la legitimación carismática, el “orden conservador” requiere restringir la libertad política a la oligarquía a la vez que extiende la libertad civil. El profundo análisis que del caso argentino, aunque más inmovilista que el paradigma conservador, hiciera Natalio Botana, ilustra dicha tesis⁴⁹.

¿Cuál era la libertad que el conservadurismo opuso a la igualdad? En síntesis cabe señalar dos extremos. En primer lugar, los historiadores de las ideas políticas han atribuido a la mentalidad conservadora la defensa de las libertades concretas frente a la libertad abstracta de los radicales y no faltan en tal sentido elocuentes textos de Burke en adelante. Ahora bien ¿Cuáles son estas libertades concretas? Según el propio Burke, el derecho “a cuanto pueda hacer por su cuenta sin dañar a los demás”, esto es un derecho general de libertad; a la libertad de expresión, a la seguridad jurídica; a la justicia; a los frutos de su industria, a los medios para hacerla fructificar, a la herencia; a la libertad de enseñanza y, como quedo claro en su defensa del Parlamento en la metrópoli y de los colonos americanos, a la representación política. En fin, “a una parte proporcional de todo lo que la sociedad, mediante la combinación de fuerza y habilidad pueda hacer en su favor”. ¿Eran acaso otros los derechos que reclamaba la burguesía de su época?

Ahora bien, estos derechos no son en el pensamiento de los primeros conservadores, derechos naturales, si bien en una fase posterior se trata de darles una fundamentación objetiva en una ley ultrapositiva⁵⁰, son derechos instituidos en el

⁴⁷ Díez del Corral, *loc. cit.*, I, p. 245.

⁴⁸ Rossister, *Hamilton and The Constitution* Nueva York 1964. En cuanto a Bravo Murillo el texto de su proyecto se publicó en la Gaceta de Madrid el 3 de diciembre de 1852. Su autocomentario en *Ocúspulos*, Madrid, 1865, IV, p. 3 ss., 138 ss. y 161 ss. Cf. Bullón de Mendoza. *Bravo Murillo y su significación en la política española* Madrid, 1950, p. 277 ss. y 337. Cf. Balmes *OCC*, VI, p. 365 ss. y 640 ss. y VII, p. 478 ss.

⁴⁹ *El orden Conservador, La política argentina entre 1860 y 1916*, Buenos Aires, 4ª ed., 1994.

⁵⁰ Cf. Stanlis, *Edmund Burke and the Natural Law*, Anne Arbor, 1958. En mi opinión, Burke no fue verdadero iusnaturalista más allá del respeto a un orden trascendente, cultural e históricamente concretado, como se demuestra en sus discursos sobre la India ; pero sí utilizó el concepto de derecho natural a efectos polémicos en su

sentido que antes se dio a éste término y se caracterizan por su funcionalidad y consiguiente asimetría. Como residuo de una ética aristocrática, el conservadurismo clásico concibió el derecho como privilegio y el privilegio como el correlato de una obligación. Que la practica de los conservadores distara muy mucho del principio (y de ahí el apoyo nobiliario a la desamortización de los bienes vinculados) no obsta a la nitidez del mismo. Todo derecho que excluye la igualdad natural de la humanidad en su conjunto debe ser ejercido para beneficio de ella, afirmaba Burke en su discurso de 1783 con ocasión del proyecto de Fox sobre la India, por eso "los derechos...son todos, en el mas estrito sentido, una obligación... y hasta puede cesar totalmente cuando se aparte de los fines para los cuales puede tener una existencia legitima" y la misma tesis encontramos a lo largo de la mentalidad conservadora⁵¹. Con razón ha podido hablarse de la "soberanía de los deberes", como correlato a la de soberanía de la inteligencia. Pero, por ello mismo, la participación en los bienes sociales, debe de ser proporcional a la aportación que a su generación se hace. Repitiendo a Aristóteles, los conservadores afirmarán, junto con Burke, que si todos los hombres tienen iguales derechos, no los tienen a las mismas cosas.

Se trata de derechos concebidos como inmunidades ante las intromisiones de tercero y, especialmente, del poder público. Por eso, los epígonos del paleoconservadurismo, fundamentalmente en los Estados Unidos, pero también en Europa, rayan en posiciones libertarias. Los textos del sureño Richard Weaver o del británico Oakshott⁵² son elocuentes al respecto.

Pero, en segundo término, el pensamiento conservador, tal vez por nostalgia ante el cosmos de privilegios que al decir de Weber era el Antiguo Régimen, tiende a institucionalizar e incluso colectivizar las libertades, a efectos de darles permanencia y eficacia, porque se es libre en la medida en que se es fuerte y se es fuerte en tanto en cuanto se está asociado. En la historia constitucional de los Estados Unidos es evidente el permanente y aún creciente conflicto entre los derechos individuales propugnados por los liberales y los derechos corporativos defendidos por los conservadores clásicos y la misma posición se refleja en la defensa de los órdenes concretos propia de los conservadores continentales. Su abandono con ocasión de la lucha contra el sindicalismo socialista, muy claro entre los tories británicos, por ejemplo Oakshott, marca el declive del paleoconservadurismo y su enlace con el neoconservadurismo del que más adelante trataré.

requisitoria contra Hastings o en defenesa de los católicos irlandeses (Canavan *The Political Reason por Edmund Burke*, Durham, 1960, p. 92) Guilmour, *Inside Ride*, cit. p. 105, hace notar la rareza del iusnaturalismo entre los conservadores con referencia a Lord Hailsham, *The Conservative Case*, cit., p. 77.

⁵¹ *Works cit.*, II, p. 439.

⁵² "Conservatism and Libertarianism. The common ground" en *In defense of Tradition. Collected sborter writings of Richart M. Weaver 1929-1963*, Indianapolis... (Liberty Fund) 2000, p. 476. Las más importantes obras de Weaver son *The Southern tradition at Bey* (escrita en 1940 y publicada en Liberty Fund 1968) y *Ideas have consequences*, Chicago, 1968.

De ahí la preferencia de los conservadores por la policracia social y el pluralismo institucional. Esto es, las instituciones intermedias propugnadas por Montesquieu. Desde la apología que hiciera Tocqueville de la descentralización territorial, a la de los poderes sociales intermedios de Bertrand de Jouvenel, pasando por la defensa de los derechos históricos del húngaro Etvös y la de las minorías y la democracia concurrente hecha por el americano del Sur, Calhoun⁵³.

Creo que en este punto cabe señalar una importante diferencia entre los conservadores anglosajones y los continentales. Mientras estos últimos permanecen prendados de las instituciones tradicionales y concretamente de la decadente propiedad agrícola, hasta el punto de que son muy escasos los aristócratas franceses que participan en el desarrollo industrial y financiero de su país durante el siglo XIX, los anglosajones siguen una vía diferente. Así, ya los últimos victorianos, pese a la importancia que sigue dándose a la propiedad agraria frente a otras formas de riqueza, al percibir la decadencia de la aristocracia terrateniente y de la Iglesia anglicana como poderes sociales predominantes, atienden a los poderes locales, las entidades educativas, los partidos y sus organizaciones de base como otras tantas instituciones intermedias.

Es en esta perspectiva donde cobra pleno sentido la defensa que los conservadores hacen de la familia y de la propiedad, como fundamento vinculado a la versión institucional de aquella. La misma estructura de la propiedad se pretende someter a criterios políticos porque, con razón se estima que determina el tipo de sociedad y de ciudadano. Tal es el caso de la primitiva y pronto frustrada opción americana a favor del agrarismo, raíz de la inicial expansión hacia el Oeste, de la preferencia en pro del libre comercio para exportar bienes agrícolas y, mediante la importación de manufacturas, mantener el carácter rural de la sociedad americana y de los ensayos en pro de la desconcentración de la actividad industrial para impedir las grandes concentraciones urbanas.

Por ello, si el pensamiento conservador ha sido favorable a la economía de mercado por oposición al intervencionismo estatal y así esta claro desde el mismo Burke⁵⁴, siempre ha mirado con desconfianza al capitalismo. La opción por el mercado no se basa tanto en un razonamiento económico, sino político, porque se estima que favorece más la espontaneidad social y es una condición de la libertad civil y política. De ahí que pueda defenderse sobre la base de los mismos argumentos conservadores, v.gr. por Savigny, la creación popular del derecho y las tesis que

⁵³ A las obras clásicas de Tocqueville sobre *La Democracia en América* y de Bertran de Jouvenel sobre *La Soberanía y El Poder*; añadir Eötvös. *Über die Gleichberechtigung des nationalitäten im Österreich*, Budapest 1850 y Calhoun, *Works*, Seis volúmenes, Nueva York 1851-1856, I. En especial su *Disquisition on Governement*, *Works*, I, p. 29.

⁵⁴ Macpherson lo denomina el "problema Burke" (*Burke*, Oxford University Press 1984).

sobre la creación de la moneda defendiera en nuestros días Ph. Hayek⁵⁵. Pero, precisamente por la raíz extraeconómica de la opción, la preferencia por el mercado viene matizada por criterios igualmente extraeconómicos y no impide una desconfianza del conservadurismo hacia aquel, espacio social que exige igualdad, produce uniformidad, diluye las jerarquías y elimina las diferencias.

Más aún, el conservadurismo clásico hace alarde de sus preferencias por los bienes no cotizables —las “no compradas gracias de la vida” encomiadas por Burke y tan en boga en el Viejo Sur americano— precisamente porque no son mensurables. Tal es, por ejemplo el criterio central del “Programa para conservadores” de Russell Kirk⁵⁶. Por eso, su concepción de la propiedad insiste más en su valor en uso, discriminador en función de sus cualidades, que su valor de cambio, reducible siempre a cantidades, como era propio de la vieja economía de cobertura de necesidades propia de la nobleza. La propiedad más cara a los conservadores es la de la tierra, vinculada e indivisible. El enraizamiento terrícola de la nobleza y aun de la “gentry” inglesa, la insistencia de los más lucidos conservadores continentales en la libertad de testar, como alternativa a los fideicomisos, limitados cuando no prohibidos por la legislación liberal, y su oposición a la política impositiva que grava y llega a confiscar la herencia son prueba de ello. La propiedad ideal de los conservadores clásicos no es, por lo tanto, una propiedad individualizada, fruto de la Revolución y que posibilita la expansión capitalista⁵⁷.

Es aquí donde el conservadurismo español se aparta más de los cánones europeos del conservadurismo clásico, porque si es como aquel amante de la tradición, contrario al cambio súbito, defensor de la religión, ect. desde el mismo Jovellanos aparece como mucho menos favorable al pluralismo institucional y social que sus paralelos europeos. El ilustre gijonés es, solo en parte, un liberal en economía, dado su oposición al librecambismo, pero en el mercado interior, debidamente protegido e incluso intervenido, es decidido defensor de la competencia y enemigo de las instituciones que la obstaculizan⁵⁸ y los doctrinarios españoles, —tras una leve temprana y minoritaria veledad— son, por influencia francesa, los más fervientes partidarios de la centralización y uniformidad administrativa hasta acabar con lo que el propio Cánovas denominó “la libertad antigua de España”.

El institucionalismo conservador se encuentra también en la raíz del organicismo cuya idealización historiográfica culmina en Gierke y que impregna duran-

⁵⁵ Cf. *Zeitschrift für geschichtliche Rechtswissenschaft*, I, p. 373 ss. (se trata de una recensión crítica de la obra de Gönner, *Über Gesetzgebung und Rechtswissenschaft unserer Zeit*. Erlangen 1815).

⁵⁶ *A program for conservatives*, Chicago 1962.

⁵⁷ Nisbet, *op. cit.*, p. 53

⁵⁸ Cf. Lluch. *Las Españas vencidas del siglo XVIII*, Crítica, Barcelona, 1999, pp. 201 y 157 respectivamente.

te el siglo XIX y primera mitad del XX las más diferentes tesis políticas, tanto en la izquierda como en la derecha, desde el krausismo a la doctrina social católica. Pero que en la práctica corporativista de los años veinte y treinta, desemboca en otras tantas formas de intervención del poder público para incrementar su control sobre la economía y la sociedad. De la policracia social, soñada por los conservadores, se pasa a lo que Bertrand de Jouvenel denominó estatocracia, donde las supuestas instituciones sociales se convierten en órganos del Estado y sus dirigentes y representantes pasan, de ser aristócratas, a ser funcionarios. El corporativismo de los años 30, que en España dura hasta la segunda mitad del siglo XX, y hace de los sindicatos “órganos del Estado”, es el mejor ejemplo de esta evolución.

La opción en pro de la policracia social es lo que en el pensamiento conservador exige un poder fuerte. Si hay libertades en la base debe de haber autoridad en la cúspide y ello se repite a lo largo de toda esa corriente de pensamiento, desde los padres fundadores de la Constitución americana hasta la anatomía que de la Soberanía y el Poder hiciera Bertrand de Jouvenel con fórmulas que, distantes en el espacio y el tiempo, asombran por su semejanza. Un Rey soberano y unas Cortes que hagan las leyes y aprueben los impuestos dirá Balmes; un “Cesar con Fueros” reclamará Maurras⁵⁹. Como señala Carlos Seco en la obra ya citada, el auténtico conservadurismo exige “orden”, pero como pieza de un “Orden” político y social que integra la autoridad y, por ello, se distancia del mero autoritarismo. Si bien una de las derivaciones del conservadurismo más adelante expuesta, consiste en acentuar el autoritarismo en perjuicio, incluso, de las instituciones sociales. Tal es la tendencia de los doctrinarios españoles y más adelante, en la medida en que existen, de los conservadores patrios. Bravo Murillo es el paradigma al que no han faltado émulos⁶⁰.

C) Derivas del paleoconservadurismo: liberalismo, populismo, neocatolicismo

El paleoconservadurismo o conservadurismo clásico así caracterizado ha sido siempre nostálgico. Desde Burke, que consideraba irreversiblemente perdida la vieja “gloria de Europa”, hasta el elegíaco “programa para conservadores” de Kirk, pasando por Tocqueville o las elocuentes imprecaciones de Sir James F. Stephen : “las aguas se han desbordado y no hay fuerza humana que las pueda volver atrás, pero no veo por qué, mientras seguimos la corriente, sea necesario que entonemos el Aleluya al dios del río”⁶¹. De ahí que, en más de una ocasión,

⁵⁹ Balmes, *OOCC*, VI p. 629 y Maurras. *Enquete sur la monarchie*. Respuesta de André Buffet.

⁶⁰ Cf. Fraga “Bravo Murillo “ en *Academicos vistos por academicos*, *op. cit.*, p. 69 ss.

⁶¹ *Liberty, Equality, Fraternity*, Londres 1873. Sobre Tocqueville ver la cita de su correspondencia en Díaz del Corral, *El Pensamiento Político de Tocqueville*, *OOCC*, III, p. 2791.

las raíces conservadoras den frutos exclusivamente esteticistas, especialmente entre los anglosajones y los anglófilos, de los que Balfour y su mundo serían el exponente más político y Evelyn Waugh o Nancy Mitford la versión literaria.

a) Liberalismo económico.

Ahora bien, la nostalgia no impidió el más crudo realismo y permitió a las conservadores hacerse liberales, en cuanto a la práctica económica se refiere, a lo largo de todo el siglo XIX, como revela la misma denominación de sus grandes formaciones políticas, —*v.gr.* en España, ya con Pacheco y durante la Restauración⁶². En ello consiste la primera deriva desnaturalizadora del paleoconservadurismo. Las nuevas condiciones impuestas por la revolución industrial y el miedo generalizado al “fantasma que recorría Europa”, el socialismo, que, entre los norteamericanos, raya en la paranoia anticomunista como reacción al New Deal primero y durante la segunda postguerra después, indujeron esta deriva. El fracaso del proteccionismo de la Iª Postguerra y los resultados de la IIª GM, la “americanización” económica y social, intensificaron el proceso. La ética economicista dominó su praxis al hilo de la gran revolución industrial y de la difusión de sus consecuencias. La búsqueda de amplios mercados nacionales les hizo centralistas, el afán de lucro les llevó a optar por la desamortización de la propiedad y la pasión de poder por una extensión de las tareas estatales.

Sir Walter Scott denunciaba ya este cambio en el gobierno conservador de su tiempo y Kirk vio en Eisenhower el prudente administrador de la herencia del New Deal y en Nixon el continuador de la Gran Sociedad de Johnson. Otro tanto puede decirse en el continente europeo y en Gran Bretaña el liderazgo conservador ha sido, hasta Thatcher, siempre tildado de filosocialista, por tomar en cuenta los imperativos sociales que, en ocasiones, exigían limitaciones fiscales a la propiedad. En realidad, los conservadores clásicos se hacen, sin más, de derechas. En la sociedad Mont Pelérin los liberales radicales ganan la partida a los ordoliberalistas. Thatcher, en este sentido, será un ejemplo relevante que escandalizara a muchos conservadores clásicos, dados los efectos de su política en el tejido institucional británico. El gran teórico liberal Ph. Hayek tras explicar, en un famoso texto, porqué no es conservador, rinde tributo a la mentalidad conservadora en su lucha en pro de la libertad frente a los poderes públicos y, en correspondencia, el conservador Scruton le considera uno de los

⁶² El último y fútil intento de construir en España, un partido liberal conservador, fue Alianza Popular en el VIº Congreso celebrado en 1984. Se trataba de una versión modernizada del paleoconservadurismo, en síntesis con la tradición liberal y democristiana. Para sus fundamentos ideológicos, ver mi texto *Una política liberal conservadora para España*, Fundación Democracia Conservadora, Madrid, 1984, y la correspondiente Ponencia Política, entonces publicada por el partido. Dicho Partido ha evolucionado después, al menos retoricamente, hacia formulas democristianas en cuanto autoidentificación (pertenencia al Partido Popular Europeo), liberales en cuanto economía se refiere y neoconservadoras en política exterior. Como político y politólogo Manuel Fraga puede ser considerado dentro del conservadurismo clásico con el que parece identificarse con su libro *El Pensamiento conservador español*, Planeta, Barcelona, 1981.

más importantes pensadores de nuestro tiempo⁶³. Tal es el mejor testimonio, entre otros muchos, de la síntesis entre las dos corrientes de pensamiento otrora enfrentadas, cuyas consecuencias se alejan un tanto del conservadurismo clásico y anuncian ya el neoconservadurismo: el reforzamiento de la autoridad central a la que se atribuye el monopolio de la ley; la erosión de las instituciones intermedias mediante el tránsito, desde la dispersión policrática del poder propia de los paleoconservadores, hasta el individualismo, a través de la potenciación de la voluntariedad de la participación en dichas instituciones; y la insistencia en la libertad económica. Las ideas de Keith Joseph y de Mikchael Oakeshott son buen muestra de ello y su difusión entre las derechas europeas es más que evidente.

b) Populismo.

Pero hay también una segunda deriva conservadora. La hipertrofia del factor comunitario caracteriza la evolución postrera del paleoconservadurismo. Como ha mostrado Arno J. Mayer⁶⁴, la Iª G.M y su resultado eliminan definitivamente lo que subsistía —que era mucho— del Antiguo Régimen y con ello los estratos protectores, los valores y las instituciones, orientados a la trascendencia del orden social, y el desarrollo de la economía capitalista apuntó en la misma dirección. La mentalidad conservadora hubo de asumir el desafío de la inmanencia y de una inmanencia tan delicuescente como fue el caso de la llamada cultura de Weimar⁶⁵ a la vez que se alineaba con la economía capitalista de la que se creía beneficiaria. La opción inevitable era mitificar, esto es, en hacer trascendente el Estado nacional, ensalzar la acción por la acción que evitaba el drama de pensar, la angustia que el vacío desvelado por el pensamiento provocaba, y justificaba la descalificación de los modos y las categorías intelectuales. Tal mitificación se vio favorecida por la filosofía vitalista, de Nietzsche a Bergson, pasando por Croce, entonces en boga. El irracionalismo, más o menos trágico, es una característica común a estos pensadores y es claro que su mediación por sociólogos comprometidos, como Sorel o Pareto, o politólogos no menos comprometidos, como Schmitt, no hace sino intensificar este rasgo que adopta uno u otro sesgo según el talante de su receptor⁶⁶. Bergson influye en Mussolini a través de Sorel —simpatizante de Maurras desde 1910—, pero también en De Gaulle con resultados harto diferentes. La denominada en centroeuropa “revolución conservadora” de la Iª postguerra cuyo representante más conocido, aunque, ni con mucho, el único, es Ernst Jünger⁶⁷,

⁶³ *The Constitution of Liberty*, Chicago, 1959 (traducción española *Los fundamentos de la libertad*, 3ª Edición. Madrid, 1978, p. 514) y Scruton *The Meaning of conservatism*, Nueva York, 1980.

⁶⁴ *The persistence of the Old Regim – Europe to the Great War*, Pantheon Books, Nueva York, 1980.

⁶⁵ Cf. Evans, *La llegada del tercer Reich*, traducción española, Península, Barcelona, 2005, p. 147.

⁶⁷ Los escritos más significativos de E. Jünger son *Der Kampf inneres Erlebnis*, *Die totale Movilmachung* y *Der Arbeiter*. E.J. Jung es otra representante de dicha tendencia en *Deutschland und die Konservative Revolution*. A juicio de A. Mohler las diferentes corrientes de la revolución conservadora eran cinco: los neoconservadores (v.gr. Jünger), los völkisch (v.gr. H. Meyer), los racional-revolucionarios (v.gr. Nieckisch), los Bundischen y los agrarios (cf. *Die Konservative Revolution in Deutschland 1918-1932*, Stuttgart, 2ª ed. 1972); pero el mismo concepto ha sido puesto en cuestión por S. Braner, *Anatomie der konservativen Revolution*, Darmstadt, 1993.

muy influido a su vez por el pensamiento de Nietzsche, constituye el mejor ejemplo de esta manifestación epigonal del paleoconservadurismo. Para Jünger, el nuevo protagonista político es el hijo de las trincheras donde se ha creado una solidaridad interclasista que tiene mucho de proletaria y cuyo heroísmo es el de la masa, dirigida por quienes son soldados. La hipertrofia de la comunidad lleva a una noción monista del pueblo y toda representación racional, tanto la de la vieja Monarquía como la de la nueva democracia, se sustituye por la intuición del héroe convertido en jefe. Populismo y cesarismo marchan así de la mano y lleva a resultados contrarios a las tesis mantenidas por los conservadores clásicos. Entre los españoles, es Ramiro de Maeztu quien más se aproxima a esta actitud. Su inicial inclinación al socialismo gremial del grupo constituido en tono a la revista *New Age*, la confesada admiración por un “anti-semita, anticapitalista, dogmático y militarista” como Hilary Belloc y la experiencia durante la Iª Guerra mundial de la que dejó elocuente testimonio⁶⁸ en muchos extremos paralelo al de Jünger explica mejor que otra cosa su ulterior evolución hacia el autoritarismo.

c) Neocatolicismo.

Una tercera deriva procede del catolicismo cuya tendencia conservadora habían ya señalado desde Tocqueville a Babbit. Entre los anglosajones es el caso de la corriente anglocatólica que va desde el movimiento de Oxford hasta Eliot y, en clave mucho más radical, el caso del americano Brownson cuya influencia a largo plazo será aún mayor. Pero en la Europa continental, el catolicismo político que, a través del sindicalismo agrario consiguió apropiarse de la parte más sana y dinámica de las bases rurales del conservadurismo clásico⁶⁹, dejará de ser conservador, arrastrado por una de estas dos tendencias.

De un lado, la herencia del catolicismo liberal —de Laménais al Sillon de Marc Sagnier— y del catolicismo social de antiguos legitimistas —le Mun y La Tour du Pin, por ejemplo— cristaliza en la democracia cristiana, que toma como base ideológica la doctrina social de la Iglesia, a su vez renovada a partir de León XIII, opuesta, al liberalismo económico que, como he dicho, llega a predominar, primero en la práctica y después, incluso, en la teoría conservadora. El Obispo Ketteler se distancia de los conservadores alemanes, Don Sturzo se enfrenta con los italianos y, en latitudes más cercanas, quienes debieran haber protagonizado el conservadurismo español se

⁶⁸ A la primera fase de socialismo fabiano (cf. la selección de artículos hecha por Eiman Fox, *Liberalismo y Socialismo Textos fabianos de 1909-1911*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1984) sucede otra, hacia 1914, filosindicalista, vinculada al grupo de *New Age*. La experiencia de la guerra esta representada por *Inglaterra en armas* (1916) y *La crisis del humanismo. Los principios de autoridad, libertad y función a la luz de la guerra*, cuya primera versión inglesa es también de 1916. ¿Es posible que la Guerra Civil provocara reacciones semejantes en la siguiente generación?

⁶⁹ Cuenca Toribio *Catolicismo Social y Político en la España contemporánea 1870-2000*, Unión Editorial, Madrid, 2003.

oponen hasta frustrarla a lo que se ha llamado primera democracia cristiana española⁷⁰. Sirva de ejemplo que, poco después, Carrasco y Formiguera rompe con su primitiva afiliación a la “Lliga” a la que considera en exceso burguesa⁷¹.

De otra parte, el catolicismo oficial radicaliza sus tendencias conservadoras y da lugar al neocatolicismo que en España, contribuye decisivamente a la derechización del pensamiento conservador que deja de ser así un intento de mediación integradora, como, en sus orígenes, habían preconizado los doctrinarios⁷².

II. NEOCONSERVADURISMO

El neoconservadurismo es una corriente de pensamiento político que surge en los Estados Unidos durante la década de los setenta ¿Se trata de un fenómeno exclusivamente norteamericano? Así lo consideran quienes, como Mickelthwait y Wooldridge, han analizado el proceso de derechización de la sociedad estadounidense en las últimas décadas, proceso del que los neoconservadores tan solo serían la punta emergente de una grande montaña abisal: la “Right nation”⁷³. Pero, sin mengua de su origen y estrecha vinculación con los Estados Unidos, algunos de los más característicos aspectos del neoconservadurismo, como el neoliberalismo económico y la tendencia a reducir el poder estatal, se extienden a otras latitudes, tanto en Europa como en Iberoamérica y, muy especialmente, en Canadá. El neoconservador europeo es menos optimista que el norteamericano y retiene de la nostalgia paleoconservadora cierto gusto por los planteamientos apocalípticos, muy en boga entre los neoconservadores españoles⁷⁴. Y ello sin contar las imitaciones burdas. Yo he conocido neoconservadores españoles, que para mostrar su fidelidad al modelo americano, hablaban con acento gringo o solo bebían “bourbon”.

A) Génesis del neoconservadurismo: reacción afectiva e influencias doctrinales

La génesis del neoconservadurismo norteamericano ha de buscarse en la reacción frente a absoluta hegemonía del pensamiento liberal, en el sentido americano del término, en la IIª postguerra y a su ulterior radicalización. En efecto, en

⁷⁰ Alzaga *La Primera Democracia cristiana en España*, Ariel, Barcelona, 1973.

⁷¹ Raguer, *Carrasco y Formiguera, Un cristiano nacionalista 1890-1938*, Madrid, 2002.

⁷² Uriguen, *Origen y evolución de la derecha española: El Neocatolicismo*, CSIC, Madrid, 1986 y en especial Cuenca Toribio, *Nacionalismo, op. cit.*

⁷³ *The Right Nation. Conservative Power in America*, The Penguin Press, Nueva York, 2004.

⁷⁴ Cf. vva. *¿Qué piensan los neocon españoles? Veinte años de análisis estratégico*, Grupo de estudios estratégicos, Ciudadela libros, Madrid, 2007.

los años cuarenta, cincuenta y primera mitad de los sesenta, merced al éxito del *New Deal* y la consiguiente herencia roosveltiana que culmina en el kennedismo y la Gran Sociedad propugnada por Johnson, el pensamiento conservador, epígono del que he denominado clásico, pasa por sus peores momentos. Cuando no es meramente nostálgico, como es el caso, del muy estimable y ya citado, *Programa para Conservadores* de Russell Kirk, el conservadurismo resulta excéntrico como es el de Ana Rand o, incluso, paranoico, de lo que P. McCarthy y su “caza de brujas” a comienzos de la década de los cincuenta, es el mejor ejemplo. Así, en 1950, Lionel Trilling podía afirmar que “hoy día, en los Estados Unidos el liberalismo es no solo la tradición intelectual dominante, sino la única, porque el hecho es que no existen ideas conservadoras en circulación”⁷⁵.

Sin embargo, ya el propio Kirk⁷⁶ y, más aun George Nash⁷⁷ señalaron en aquellos años el renacimiento intelectual de un conservadurismo, todavía clásico, algunos de cuyos exponentes podrían considerarse el vínculo de unión con el neconservadurismo. Tal es el caso del ya citado Richard Weaver. En el comienzo de la década de los cincuenta aparece la revista *The Freeman*, al decir de uno de sus entusiastas, verdadero precursor de la *National Review*, fundada en 1955 por William F. Buckley sobre tres ideas claves: la pasión religiosa, el liberalismo económico, rayano en el antiestatismo, y el anticomunismo. La Revista se fundó con la pretensión, declarada en su primer número, de servir de “voz a los discípulos de la verdad que defienden el orden moral”. El mismo Buckley había publicado años antes un libro *God and Man at Yale*, donde asume ya la denominación de neoconservador⁷⁸. En los mismos años y en paralelo, se produce un renacido interés por la obra de Edmund Burke en los Estados Unidos e Inglaterra y, por reflejo, en el continente⁷⁹.

A partir de la presidencia de Johnson, el progresismo liberal, hegemónico en la vida intelectual, pero minoritario en la sociedad, tiende a radicalizarse y rayar en el nihilismo. La jurisprudencia Warren, al menos, tal como fue percibida por la mayoría silenciosa en la América profunda, y la candidatura de McGovern fueron buenas pruebas de ello. La republica procedimental, a fuer de insistir sólo en el proceder formal y anteponer los derechos a los valores, se quedó vacía y su oquedad axiológica se llenó de lo que para muchos, incluidos sus propios defensores, eran contravalores. La mayoría llegó a sentirse vejada por los derechos de las minorías. Baste señalar, por vía de ejemplo, que, de la reivindicación feminista, se pasa a la apología del lesbianismo y la descalificación de la maternidad, que lleva a la reacción profamiliarista. La discriminación positiva, llega a marginar la excelencia intelectual.

⁷⁵ *The Liberal Imagination: Essays on Literature and Society*, Nueva York, 1950.

⁷⁶ Kirk, *The conservative mind*, op. cit., p. 453 ss.

⁷⁷ *The conservative intellectual movement in America since 1945*, Willmington, 1928.

⁷⁸ *Reginery*, 1951.

⁷⁹ Cf. Kirk, *Burke*, op. cit., p. 19 ss.

tual, y, así, la búsqueda un tanto bufa, del imposible curriculum de lecturas académicas, tenidas por políticamente correctas al incluir en pie de igualdad y al margen de otros méritos objetivos, autores de diferente raza, género, condición física u orientación sexual, lleva a algún estudioso, como Bloom a entrar en política⁸⁰. Y el pacifismo desemboca en una retórica antiamericana que hiera la sensibilidad patriótica. Es semejante radicalización la que provoca la conversión de numerosos demócratas y aún de marxistas, como es el caso de Helms, Wohlstetter y de Jane Kirpatrick, al conservadurismo e, incluso al republicanismo, tendencia política reforzada por factores demográficos y económicos como es el progresivo auge del Oeste y del Sur. Otro tanto puede señalarse en el conservadurismo canadiense, debido al éxito económico del Oeste y a la reacción frente a la rápida erosión de la sociedad tradicional canadiense⁸¹.

La evolución endógena de la propia izquierda norteamericana acentúa esta tendencia. Círculos como el del City College de Nueva York reúnen a jóvenes intelectuales de tendencias libertarias y troskystas. Pero la herencia de Jefferson supone en la práctica económica y social una reducción del Estado en provecho del mercado y el antiestalinismo de los troskystas lleva en muchos casos, al antisovietismo, primero, y al anticomunismo radical, después. De un dogmatismo se pasa a otro de signo apuesto como, en otros pagos, había de señalar R. Aron: "D'une sainte famille, a l'autre".

Ahora bien, la reacción afectiva no basta para explicar la génesis del neo-conservadurismo, e interesa destacar la incidencia, en terreno tan abonado, de tres decisivas influencias intelectuales, en ocasiones, mas adelante apuntadas, contradictorias entre si : la económica, la politológica y la filosófica.

a) Primero, la teoría económica liberal. La "Escuela Austriaca" había contado desde tiempo atrás ilustres representantes en los Estados Unidos, como era el caso de Herbert J. Davednport, de la Universidad de Cornell y Frank A. Fetter en la de Princeton, pero ambos pertenecían a una generación científica anterior a la Iª Guerra Mundial, si bien los trabajos de este último sobre la preferencia temporal habían de ser desempolvados por von Mises. Es, en efecto, L von Mises quien, con tanta tenacidad como modestia, lleva a Nueva York las tesis "austriacas", tanto directamente, a través de su seminario neoyorkino, como indirectamente por la difusión de sus tesis en el mundo anglosajón a través del británico Lionel Robbins y del austriaco von Hayek, cuya deuda con von Mises reconoció reiteradamente⁸², profesor

⁸⁰ Bloom, *The closing of the American mind*, Simon and Schuster, Nueva York, 1987.

⁸¹ John Micklethwait y Wooldridge, *The right Nation*, *op. cit.*, p. 71 ss. Cf. Jeffrey, Brooke, *Hard right turn: the new face of neo-conservatism in Canada*, HarperCollins, Toronto, 1999. Lillian, Donna L., *Canadian neo-conservative discourse: a critical discourse analysis*, 2001. Segal, *The long road back: the conservative journey in Canada, 1993-2006*, HarperCollins, Toronto, 2006.

⁸² V. gr. *Los Fundamentos de la Libertad*, *op. cit.*, pp. 8, 9, 15, 87, 148, 167, 173, 190, 212, 297, 306, 311, 356, 364, 392, 402, 412, 415, 429, 435, 489 y 496.

primero en la London School y después en Chicago, donde la escuela de Frank Knight y, después, Friedman, mantenían, desde antes, tesis liberales.

La difusión del pensamiento económico liberal puso fin a la hegemonía del keynesianismo como pensamiento único, y generó una nueva ortodoxia no menos dogmática que la de su rival y ello fue determinante para la decantación del pensamiento económico neoconservador. Baste pensar en que la obra de Hayek ha sido especialmente popular entre los “neocon” hasta el punto de ser libro de cabecera, en el más literal y físico sentido del término, de Ronald Reagan⁸³. Pero, además, la “praxeología” que como método propusiera von Mises, especialmente desde los años sesenta, propugnó, frente al positivismo estadístico al uso, la toma en consideración en el análisis económico, de las motivaciones singulares, esto es, históricas, de la acción humana: “esperanzas, anhelos y frustraciones”. Los valores que la economía debía, a juicio de von Mises, tomar en consideración no eran éticos sino técnicos, es decir, juzgaban la bondad o maldad de una acción solo en función de su relación de eficacia con la meta que se proponía alcanzar. Lo que, después, Hayek debía descalificar como “espejismo de la justicia social” en un mundo de individuos autónomos en la determinación de sus fines y en la elección racional de los instrumentos para conseguirlos, es, a mi entender, lógica consecuencia de ambas premisas⁸⁴. La “praxeología” de von Mises, cualquiera que sea su valoración científica desde el punto de vista económico, es de trascendental importancia a los efectos que aquí interesan porque convierte la libertad de elección en la pauta fundamental de la acción humana⁸⁵ y ello será rasgo capital del neoconservadurismo. Este redescubrimiento del valor formal de libertad y del técnico de eficacia ha sido importante en la decantación del pensamiento neoconservador y, a juzgar por la experiencia, también de su práctica.

b) Segundo. Los más autorizados representantes de la Ciencia Social se hacen conservadores. Se trata de “hombres nuevos”, hijos de inmigrantes o inmigrantes ellos mismos, ajenos en su formación a la “Ivy league” y vinculados muchos de ellos a la “alcove one” del City College de Nueva York, —el Harvard de los pobres— que deben todo a los Estados Unidos y a quienes escandaliza la radicalización del progresismo liberal. Tal es el caso de politólogos como Lipset, Bell o Glazer, que aportan al renaciente pensamiento conservador el prestigio de la ciencia hasta entonces patrimonio de la progresía. Y no tanto porque rebatan todas sus tesis, sino porque las ponen en cuestión desde posiciones no menos “científicas”, al demostrar los efectos regresivos de determinadas políticas fisca-

⁸³ Cf. Hayward, *The Age of Reagan: The Fall of the old Liberal Order. 1964-1980*, Forum, Nueva York, 2001, p. XXII. Cf. Rusher, *The rise of the Right*, Morrow and Company, Nueva York, 1984, p.20.

⁸⁴ Cf. *Epistemological Problems of Economics*, Princeton, 1960. La obra de Hayek, *The mirage y Social justice*, Chicago, 1976.

⁸⁵ *Human Action*, Yale University Press, 1960, Traducción española, Union Editorial, Madrid, 1968, p. 233 y 1061 cf del mismo von Mises, *Theory and History*, Yale University Press, 1957.

les y asistenciales tenidas por progresistas y la funcionalidad social de determinadas pautas e instituciones tachadas de arcaicas. Así, por ejemplo, a mediados de los años sesenta, el “Moynihan Report” —denominado por su autor, joven y anónimo funcionario del Departamento de Trabajo— mostró que los problemas de la población pobre de color de las ciudades, procedía de la disolución, en gran parte inducida por las políticas asistenciales, de la estructura tradicional de la familia negra⁸⁶.

c) Tercero, la influencia, entre otros, de Vögelin y de Strauss, emigrantes de la Alemania nazi, profesores en Chicago y Louisiana y Stanford, respectivamente.

Mientras la influencia del primero es a todas luces evidentes, la del segundo resulta más difícil de detectar y aún de explicar. Pero ambos, pese a sus diferentes preocupaciones e investigaciones, mantuvieron una buena sintonía en cuestiones tan importantes como los juicios de valor sobre la ciencia y sus métodos positivistas, las personas, las modas intelectuales⁸⁷ y, sobre todo, sus posiciones coinciden en tres extremos fundamentales.

Primero, uno y otro mantuvieron la tesis, en su momento y aún hoy día verdaderamente revolucionaria por lo políticamente incorrecta, de que la Ilustración, matriz de la modernidad en general y de la democracia liberal en particular, no ha supuesto progreso alguno para la humanidad sino todo lo contrario. Para llegar a tal posición remontan la idea de Ilustración muy atrás. Strauss considera que el relativismo y consiguiente apartamiento del realismo calificado de clásico, inicia su andadura en el prerrenacimiento y Vögelin considera que su espíritu rector, el gnosticismo (entiéndase, el intento de realizar el paraíso en la tierra), hace su aparición en la Alta Edad Media. Para el primero, el existencialismo heideggeriano es su última y definitiva manifestación que coloca al hombre y, consecuentemente, a la sociedad frente al abismo⁸⁸. No es diferente en cuanto a la conclusión la tesis vögeliana de la progresiva inmanentación gnóstica del “éschaton” que aparta al hombre y a la sociedad de la realidad y, en consecuencia, los induce por el camino de la utopía, estéril cuando no letal. El irrealismo es para ambos la consecuencia de la Ilustración. Probablemente, con menor énfasis tal vez, Strauss hubiera podido firmar la rotunda imprecación de

⁸⁶ Cf. Micklethwait y Wooldridge, *op. cit.*, p. 73.

⁸⁷ Cf. J. Roiz, “La teoría política de Eric Vögelin”, *Revista de Estudios Políticos*, 107, 2000, p. 58 ss. Sobre Strauss he tenido especialmente en cuenta, la selección de escritos hecha por Pangle en *El renacimiento del racionalismo político clásico*, (traducción española, Amorrortu, Buenos Aires, 2007) y del propio Strauss *Nuevo y Viejo liberalismo* (traducción española, Amorrortu, Buenos Aires, 2007). La principal obra de Vögelin *The new science of Politics. An Introduction*, Chicago University Press, 1952, (traducción española, Rialp, Madrid, 1968). Significativo también, la recopilación de Hallowell, *From enlightenment to Revolution*, Durham, 1975.

⁸⁸ Cf. “Una Introducción al existencialismo de Heidegger”, en Strauss *Renacimiento del racionalismo político clásico*, *op.cit.*, p. 81 ss.

Vögelin sobre la modernidad como “increíble espectáculo... de haber unificado la humanidad en una casa de locos global estallando de estupenda vitalidad”⁸⁹.

Segundo, como consecuencia de lo anterior, ambos consideran que nuestra época es de crisis —“recesiva” dirá Vögelin; de “invasora barbarización”, dirá Strauss— por la preeminencia teórica y práctica de la libertad como mera autonomía sobre la virtud, de la sustitución de la vida buena como pauta objetiva de conducta, por la vida buena como libre opción de dicha pauta. Al decir de uno y otro pensador, el origen de esta exclusión de los valores objetivos se encuentra en el positivismo cientista que, siguiendo el modelo de las ciencias naturales, había propugnado y conseguido excluir de la teoría política los juicios de valor⁹⁰. La consecuencia de ello es que los derechos —de libertad— predominan y llegan a excluir los deberes —de solidaridad— y los derechos se identifican con las necesidades subjetivas, esto es, en último término con las pasiones⁹¹. Strauss recurre al *Fedro* de Platon para explicar cómo, si la virtud se disuelve en la libertad y esta es campo de la pasión, aquélla no modera ni dirige a esta. Es el auriga quien cede el control a los caballos porque no se distingue de ellos.

Lo expuesto apunta a la vacuidad de la republica procedimental antes señalada y a la que se opone la afirmación de valores substantivos, que, según ambos autores se encuentra en la tradición clásica, incluyendo en ella el cristianismo, si bien Vögelin no deja de reprocharle la desdivinización de un mundo antes más seguro por “estar repleto de dioses”.

Ahora bien, porque a su juicio la crisis presente tenía hondas raíces históricas, había ya alcanzado gravedad terminal. La paranoia explicable en dos autores que habían sufrido la persecución nazi, contemplado la “catástrofe alemana” y rehecho su vida a la sombra de la guerra fría contra el comunismo⁹², fue un factor determinante en su concepción maniquea de la historia. Una historia de la que no importa tanto la precisión del análisis ni del dato —Vögelin lo dirá una y otra vez— sino su meta, concebida como “éschaton” y que los sabios conocen ya de antemano. El paralelismo con el marxismo leninista es evidente, pero en los autores comentados, el final de la historia no es el paraíso en la tierra, sino un caos que guarda semejanzas con el desastroso desenlace de los mitos germánicos. La meta de la historia como ineluctable sumidero, que invita a construir toda una soteriología política. “Ahora ya sólo un dios puede salvarnos” había dicho Heidegger en situación aní-

⁸⁹ Vögelin “Inmortality: Experience and Simbol” (1967) en *The Collected Works*, Volumen XII, Louisiana State University Press, 1990, p. 55. Cf. Callister, *Revolt against modernity: Leo Strauss, Eric Vögelin and the search for a postliberal order*, Kansas University Press, 1995.

⁹⁰ Strauss, *op.cit.*, p. 51 y 118 ss.

⁹¹ Cf. Strauss, *loc. cit.*, p. 335 ss.

⁹² Cf. Vögelin, “Rasse unde Staat”, Tubinga (Paul Siebeck), 1933; “Hitler and the Germans”, 1964, en *Collected Works*, vol. 31, p. 198

mica semejante. Se trata de una nueva versión de lo que Wolin denominó “tradicción heroica de la teoría política”⁹³.

Tercero, a la filosofía política y al estadista, el filósofo en acción, al decir del propio Strauss, corresponde el diagnóstico de la situación y su eventual remedio —difícil a juicio de ambos, especialmente de Vögelin—. Y para ello consideran que, incluso en la democracia política, es una minoría de sabios la que debe dirigir a la masa, si bien algunos de ello habrán de pensar y otros actuar. La distinción straussiana entre saber esotérico, reservado a los sabios y el saber exotérico al alcance de la ciudadanía por conveniente a la salud pública⁹⁴, coincide con la tesis de Vögelin. Uno y otro repetirían con Eurípides “solo importa saber lo que a la ciudad conviene”⁹⁵. De ahí su aprecio por lo que Weber denominaría los “estratos protectores” de la democracia. Así Vögelin afirma que la superioridad de los anglosajones se debe a que sus revoluciones nacionales, la de 1688 en Inglaterra y aun la de un siglo después en los Estados Unidos, se producen cuando los elementos de la civilización clásica, cristianismo incluido, eran suficientemente fuertes como para moderar el gnosticismo rampante, algo que ya no ocurre en Francia en 1789 y menos aún en la Alemania de Weimar.

Tales posiciones influyeron decisivamente sobre el neconservadurismo en gestación. Por un parte, su valoración de la religiosidad tradicional, cualesquiera que fueran sus respectivas convicciones religiosas, dio un fundamento intelectual de alto bordo al revival religioso que cristalizó en la “mayoría moral” de J. Falwel. Segundo reforzó las tendencias hacia la pura política de poder, especialmente en política exterior. Si Strauss raramente se ocupó de ella, aunque sus discípulos sacaron contundentes consecuencias de sus enseñanzas —“me introdujo en la política no utópica” dirá Irvin Kristol—, las páginas de Vögelin al final de su obra capital, escritas a comienzos de los años cincuenta parecen la minuta de la política exterior ensayada por el Presidente Bush.

Cuarto, al insistir en la superioridad de la vida política anglosajona, contribuyeron a fortalecer el mesianismo de su acción exterior.

Si el paleoconservadurismo fue filosóficamente realista, el neoconservadurismo responde a fundamentos idealistas. La primacía del sujeto epistemológico, cuyo solitario pensar junto a una estufa genera los conceptos y categorías que articularan la realidad, lleva a considerarla como producto de la subjetividad y no a ésta

⁹³ *Hobbes y la tradición épica de la Teoría Política*, traducción española, Foro Interno, Madrid, 2005, p. 46 ss. El paralelismo es evidente con el pensamiento decimonónico, más atrás calificado de reaccionario, por ejemplo el de Bonald, de Maistre, o el mismo Haller.

⁹⁴ Strauss, *loc. cit.*, p. 127.

⁹⁵ *Ib.*, p. 142.

como parte integrante y subordinada a aquella. Por eso, mientras el realista y, por ende, el conservador ha de atender a la realidad que ya es y que ya fue, el idealista, sea conservador o revolucionario, puede idear la realidad y tratar de configurarla según su idea. La realidad social, que para el paleoconservador es la tradición, a la vez, lastre y habilitación, para todo tipo de constructivismo es la materia prima a transformar de acuerdo con las leyes de la Razón. Una Razón, por autónoma, de raíz subjetiva, que abre un campo ilimitado a la “voluntad de poder”. El resultado dista mucho del auténtico realismo político tal como lo propugnara Morgenthau porque la voluntad de poder dirigida por la razón subjetiva prescinde de los intereses y valores ajenos y tiende al utopismo.

B) Claves del Neoconservadurismo: libertad, constructivismo social, religiosidad mesiánica

La interconexión de estas influencias a través de una amplia red institucional de fundaciones y publicaciones permite la eclosión y difusión de toda una poderosa corriente de pensamiento que cabe articular en las siguientes tres claves: la libertad individual, el constructivismo social y la religiosidad.

a) Libertad individual

Primero, *la radicalización del valor de libertad* sobre cualquier otro de igualdad o solidaridad, algo que, en principio, se encuentra en la misma línea del conservadurismo clásico, pero que, en su desarrollo, llega a consecuencias muy diferentes.

En efecto, la radicalización de la libertad individual, no sólo ya frente al Estado, sino frente a todo poder público, lleva, especialmente entre los conservadores británicos, *v.gr.* M. Oakeshott, a la erosión del pluralismo institucional tan caro a los antiguos conservadores. Ciertamente que los neoconservadores americanos, por el contrario, ponen el acento en los denominados “estratos de mediación”, siempre estrictamente voluntarios, como son las relaciones de vecindad, las comunidades sectoriales, las iglesias, ectétera.

Pero la concepción de la libertad como autonomía ilimitada llega a entrar en contradicción con la moral tradicional que los mismos neoconservadores dicen propugnar. Dos son, en efecto, las actitudes ideológicas que coinciden en la gestación del neoconservadurismo americano. Por una parte, el ya señalado radicalismo liberal de raíz económica que pone el acento en la libertad individual como autonomía en las opciones, mercantiles en principio, vitales al final. De otra, la religiosidad, principalmente evangélica, pero también de numerosos sectores católicos,

favorable a los valores sustantivos con especial acento en los familiares. La ética calvinista permitiría conciliar ambos al concebir la familia como el sujeto del mercado. Pero es difícil compaginar la concepción institucional de aquella con la ilimitada libertad de éste. El debate de Hayek y Kirk en los cincuenta, la tensión entre el conservador Goldwater y el dirigente de la “mayoría moral” J. Falwel después y, en fin, la frustración, en cuanto a cultura cívica se refiere, de la Presidencia de Ronald Reagan son prueba de ello. La tradición liberal favorable a la democracia procedimental construida sobre el modelo del mercado, entra en contradicción con la doctrina política republicana que pone el acento en los valores sustanciales de la ciudadanía. Los pensadores británicos paralelos sacan las consecuencias de ello y se limitan a exigir respeto a las reglas del juego para encuadrar el desarrollo de la libertad individual.

Esta libertad se proyecta fundamentalmente en el campo de la economía con la eliminación de los rasgos institucionales de la propiedad familiar y empresarial, que, sin embargo, contrasta con la proliferación de fundaciones. Esta libertad se realiza en el mercado convertido así en el paradigma de una sociedad que, por abierta, tiende a convertirse en abstracta (Popper), porque el mercado es el espacio social en el que las estipulaciones sustituyen a las instituciones y convierte las relaciones humanas en meras funciones de intercambio. De ahí que el neoconservadurismo no sea, como su antecesor clásico, elitista e institucional, sino populista e individualista.

No faltan en el campo neoconservador resistencias a este puro economismo y a sus consecuencias. Así I. Kristol⁹⁶ critica un capitalismo que se orienta a “la mera liberación impersonal y a la satisfacción de los apetitos” con peligro de los valores éticos propugnados por los propios conservadores, hasta el punto de que sus más fieles seguidores han tratado de atenuar sus críticas al hedonismo resultante. En todo caso, los neoconservadores americanos insisten en lo que en su día se denominó “moral del mercado”. Las claves de su política económica, la reducción de la fiscalidad y la correlativa restricción de las prestaciones sociales, se tratan de justificar como instrumentos de fomento a la responsabilidad de los agentes económicos —cuyo éxito sería así premiado— y de la ciudadanía —incentivada de esta manera al trabajo y al ahorro—.

El entusiasmo por la libertad económica y en los mecanismos de mercado lleva a una fe en el crecimiento económico como paradigma y en el progreso

⁹⁶ Cf. *Two cheers for Capitalism*, Basic Books, Nueva York, 1978. Y la polémica interpretación de Irwin Stelzer en Demuth y William Kristol (eds.) *The Neoconservative Imagination. Essays in Honor of Irving Kristol*, p. 91 ss. Las obras fundamentales son *Reflections of a Neoconservative*, Basic Books, Nueva York, 1993. *The Autobiography of an idea*, Free Press, Nueva York, 1995. Una bibliografía casi exhaustiva en *The Neoconservative Imagination*, *op. cit.*, p.205 ss.

como “destino manifiesto”, algo muy distinto de la nostalgia e incluso el pesimismo de los paleoconservadores.

b) Constructivismo social

Segundo, el *constructivismo social* que contrasta con el historicismo propio de los conservadores clásicos. El mercado es ya de suyo una sofisticada construcción teórica cuya comprensión, señalaba von Mises, no es accesible a primera vista. El análisis abstracto de los economistas liberales y de los politólogos contribuyen decisivamente a esta opción mediante la construcción de modelos teóricos y en el mismo sentido militan las especulaciones de Vögelin y Strauss cuya visión de la historia, concebida como drama o como paradigma y nunca como una evolución creadora, es, como antes dije, mas apocalíptica que historiográfica. También en este extremo, pensadores tan influyentes, en el neoconservadurismo como los mencionados abandonan la concepción historiográfica del conservadurismo clásico y engarzan con la concepción ilustrada de la historia. La historia hipotética a la que antes se hizo referencia.

Este constructivismo social lleva a la universalización de los valores y su conversión en dogmas que se pretenden normativos. Babbit lo hubiera calificado de “imperialismo intelectual”. Lo que se sabe bueno para el americano, paradigma del hombre nuevo, ¿Cómo no va a ser bueno para el mundo entero si, además, la universalización de tales valores se estima provechosa para los propios Estados Unidos? La convicción filopuritana de la coincidencia entre el bien moral y el propio interés da lugar a una ingenuidad ética poco amiga de los matices que, en ocasiones, se expresa con simplicidad bufa “Los Estados Unidos son una Nación buena”, dirá el presidente Bush⁹⁷.

El constructivismo social y la universalización de lo así construido proporciona un fundamento aparentemente racional a lo que, desde muy atrás, es un “destino manifiesto” (expresión acuñada al menos desde 1911) cuyo correlato es el “patriotismo imperial”, legitimado por la superioridad moral afirmada desde los padres fundadores. Wolstetter y sus discípulos, entre otros, Wolfowitz y R. Perle, exponentes. como W. Kristol (Jr.), de una segunda generación de neoconservadores, serán buenos exponentes de tal posición

El “patriotismo imperial” abandona el paradigma realista de las relaciones internacionales al que correspondía la moderación y los equilibrios propugnados por los paleoconservadores, porque la noción de “interés nacional”, concepto central del realismo, se independiza del territorio y se ideologiza, como defensa de la

⁹⁷ Citado por Fachón y Vermet, *La América Mesiánica*, traducción española, Barcelona 2006.

libertad, ayer frente al comunismo, hoy frente al fundamentalismo islamista o al “eje del mal”. Pero, al perder la concreta limitación espacial y alcanzar el plano más abstracto de la confrontación ideológica, el interés nacional se hace planetario. Con ello el patriotismo imperial asume los valores propios del paradigma liberal. Como señalara la antes mencionada Jane Kirkpatrick⁹⁸, los caracteres de una política exterior liberal son el optimismo —que da los propósitos como evidentes—, el universalismo —que se opone a la estimación historicista de las concretas singularidades— y el determinismo —que parte de un curso establecido del devenir histórico—. Y es claro que el conservadurismo clásico defendía todo lo contrario. Pero si se atiende a la política exterior que los neoconservadores han defendido y realizado por doquier, parece que creen a pies juntillas en el avance hacia una “sociedad final” presidida por la democracia política y la economía capitalista como sistemas aceptados y eficaces por doquier y se complacen en la misión de impulsar su universalización. Cuando se cree conocer el sentido de la historia, se ven con optimismo las posibilidades de acelerarla dirigiendo su vanguardia. Se trata del mismo celo apostólico que en su día tuvieron los soviéticos y que, como es propio de los mesianismos, no cuenta con la realidad como limitación de la utopía, sino como materia prima que la utopía puede y debe transformar.

Ahora bien, la nueva visión internacional de los neoconservadores cuya práctica todos conocemos ¿Es en realidad una novedad de la política exterior americana? Kissinger⁹⁹, en su estudio sobre la diplomacia, ha opuesto dos paradigmas de dicha política exterior representados por el imperialismo de Theodoro Roosevelt y el liberalismo de W. Wilson; pero, a mi entender, la dicotomía es mera apariencia y la experiencia histórica muestra que el liberalismo ha servido de disfraz al imperialismo. Que fuera el indudablemente liberal presidente Clinton quien diera a luz en 1999 el Nuevo Concepto Estratégico de la Alianza Atlántica que supone, nada menos, que una nueva organización del espacio, el “Nomos de la tierra” al decir de Schmitt¹⁰⁰, así lo demuestra. Los numerosos documentos estratégicos que durante los últimos años han producido los neoconservadores americanos en centros oficiales u oficiosos son consecuencias de ello.

c) Religiosidad mesiánica

El tercero de los principios arriba enunciados como característicos del neoconservadurismo, *la religiosidad*, fortalece esta visión de las relaciones internacionales. La proverbial religiosidad americana es bien conocida y sabido es el carácter “fronterizo” de la misma que no ha dejado de influir en la conciencia del “destino

⁹⁸ “Une Certain idée de l’Amérique”, *Politique Internationale*, 11, 1981, p. 23 ss.

⁹⁹ *Diplomacy*, Simon and Chuster, Nueva York, 1994, p. 29.

¹⁰⁰ Cf. mi estudio “Nueva estrategia atlántica y nuevo Nomos de la tierra (en torno a la crisis de Kosovo)” en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, LI, 76, 1998-1999, p. 579 ss.

manifiesto”. La radicalización del progresismo liberal antes aludido y su incidencia en la ética familiar y, sobre todo, en la cuestión escolar, dio lugar, en los años setenta, a la decantación de la denominada “Mayoría Moral” de Jeremy Falwell, tan influyente en la evolución política subsiguiente. La coincidencia de dicha mayoría y del “revival” religioso que trajo consigo, con la ideología neoconservadora, aportó a ésta un ingrediente religioso que recibía de los mencionados Vögelin y Strauss un fundamento intelectual de más alto bordo.

Es aquí donde vuelven a aparecer las diferencias entre los neoconservadores americanos y sus paralelos europeos. El nacionalcatolicismo de algunos de estos es meramente retórico y táctico¹⁰¹. En cuanto al conservadurismo británico actual, ha marginado el factor religioso reducido a sus aspectos ceremoniales, a la vez que las Iglesias establecidas de Inglaterra y Escocia han abandonado, en gran medida, los planteamientos conservadores. Más todavía, los conservadores británicos, apartándose de los clásicos cuyo último representante probablemente ha sido el ya mencionado Lord Hailsham, insisten en una ética pública puramente formal, como marco de la libertad de cada cual. El mejor ejemplo de ello es M. Oakeshott¹⁰². Por el contrario, los neoconservadores americanos insisten en los valores substanciales de la política, muchos de ellos de raíz religiosa, hasta el punto de afirmar el “enfoque teológico” de la misma. De ahí su consideración como “teocons”.

Ahora bien, mientras el conservadurismo clásico, especialmente en sus primeras versiones, al insistir en la dimensión trascendente de la sociedad y del Estado pretendía valorar la religión como factor de integración social, el neoconservadurismo, sin olvidar esta función integradora de la religión, destaca su dimensión misionera. Los “nobles mitos” a los que, como poderoso factor de integración política L. Strauss reducía los contenidos de la fe, se esfuman paulatinamente ante el “revival” tan intenso como ingenuo de la fe misma. El paradigma del neoconservador (el “neocon”) sería así el “renacido” (el “newborn”) a la experiencia religiosa.

C) La deriva revolucionaria del neoconservadurismo

Como consecuencia de todo ello, la mentalidad neoconservadora aparece muy lejana al denominado conservadurismo clásico, hasta el punto de que “las

¹⁰¹ Así los dos representantes más populares del nacionalcatolicismo español en los medios de comunicación son, a la hora de escribir estas líneas, un agnóstico declarado como el Sr. Jiménez Losantos y un evangélico manifiestamente anticatólico, cuando no proclive al esoterismo anticristiano como D. César Vidal.

¹⁰² Cuando Thatcher mencionó a Dios dirigiéndose a la convención de la Iglesia de Escocia fue criticada por sus propios partidarios y un laborista tan conservador como Blair, para muchos “Tory Blair”, se ha quejado de la imposibilidad de mencionar a Dios en un discurso político.

esencias originales”¹⁰³ que le ha servido en muchos casos de lema, es más retórico que real. La diferencia radica en que la hipertrofia por parte del neoconservadurismo de algunos principios de la mentalidad conservadora clásica los desnaturaliza hasta hacerlos irreconocibles y a que las consecuencias de dicha hipertrofia conducen a principios contrarios a los del conservadurismo.

En efecto, los neoconservadores son más patriotas que los paleoconservadores, hasta el punto de ser imperialistas, algo que estos rechazaban; más partidarios de la libertad, hasta el extremo de hacerse libertarios, algo que negaba el conservadurismo clásico; más contrarios que éste a la extensión del poder público, como seguidores de la estela de Jefferson en lugar de la de Adams. Por ello, en términos de uno de los primeros analistas de su mentalidad, ya no son verdaderos conservadores y yo no dudaría de tacharlos de revolucionarios, puesto que su reacción frente al radicalismo progresista no ha restaurado los valores que éste pretendía enterrar, sino propugnado y, en gran medida, llevado a la práctica otros valores no menos contrarios a aquellos. Baste pensar que su defensa de la autonomía individual a ultranza no ha propiciado el rearme moral que decían propugnar; su fervor por el mercado ha erosionado la solidaridad nacional; y el patriotismo imperial ha engendrado una política exterior cuya más contundente formulación “¿Cual es el próximo objetivo?” (Perle), es la negación de la moderación conservadora. Si el paleoconservadurismo fue nostálgico hasta terminar renunciando, por sus múltiples derivas, a sus principios fundamentales, el neoconservadurismo es optimista y agresivo, pero no es conservador.

III. EL TRANSCONSERVADURISMO

A mi entender, la altura del tiempo presente permite y aún exige una tercera forma de pensamiento conservador que denominaré transconservadurismo, que responde a la globalización emergente, dominada por criterios eminentemente cuantitativos. El germen creo que puede encontrarse, una vez depurada de ingenuidades bucólicas y de paranoias anticomunistas, en la obra seminal de W. Röpcke y en lo que hay detrás de ella: la Escuela de Friburgo. Mucho más recientemente el neoconservacionismo ecológico norteamericano, constituye otra importante fuente de inspiración al acentuar la relación entre el individuo y sus derechos, la comunidad en que se inserta y el medio cultural y natural.

Sabido es que la Escuela de Friburgo, una de las tres grandes corrientes del moderno liberalismo económico, ha insistido en la distinción entre el orden de la eco-

¹⁰³ Pines, *Back to basics. The traditionalist movement that is sleeping Grass-Roots America*, William Morrow, New York, 1982.

nomía y el proceso económico, constituido el primero por las instituciones y regulaciones que configuran el mercado y el segundo por la conducta de los agentes que en el mismo operan¹⁰⁴. El énfasis puesto en el primero es lo que emparenta la Escuela de Friburgo con las corrientes, principalmente anglosajonas, que se ocupan de la Constitución Económica. Una de las palabras claves de la Escuela de Friburgo, acuñada por su primer y principal representante, Walter Eucken, es la de “Ordo” —denominación de su mas característica publicación¹⁰⁵ que ya se relacione con tradiciones ius-naturalistas, ya se interprete en términos culturalistas, esto es, mucho mas relativos, trasciende la consideración del mero “homo oeconomicus” al insertar el mercado con otros ordenes, v.gr. éticos, jurídicos, políticos, que lo condicionan. Los denominados Ordoliberales insistieron en tales correlaciones y condicionamientos. La Constitución Económica, precisamente porque es condición del proceso económico, no solo es económica, sino que incluye normas jurídicas, instituciones políticas y valores morales. Para que funcione el proceso económico basado en la libertad de la oferta y la demanda, son precisos factores que están “Más allá de la oferta y la demanda”. Tal es el titulo del libro de Ropke¹⁰⁶, que proyecta en el campo de la política lo que la escuela de Friburgo había elaborado en el de la economía. A mi entender el transconservadurismo esta llamado a desarrollar sus tesis

¿De donde la posibilidad y porqué la denominación? Explicarlo exige esbozar los fundamentos filosóficos de tal posición.

A) El humanismo como fundamento

El conservadurismo clásico antes expuesto tenia, como ya dije y a ello me remito ahora, fundamentos realistas. Esto es consideraba al hombre como parte integrante de un orden objetivo con un status ontológico independiente, que le trasciende y a cuyas leyes esenciales, tanto naturales como morales, debe de ajustar su conducta. Tal fue la herencia de Montesquieu.

Por el contrario, el neoconservadurismo responde a una filosofía idealista que comparte con el liberalismo social-demócrata. Ambos hermanos-enemigos son, como el marxismo, recuerdese las páginas iniciales del *Anti Düring*, epígonos de la Ilustración de la que conservan la fe en la Razón. Es la herencia de Kant y de Wolff.

De la indefinida maleabilidad de la realidad social que instrumenta la idea de progreso, se deduce la mayor relevancia del criterio de eficacia. Si lo real está a mer-

¹⁰⁴ Euckeen, *Grundlagen der National Ökonomie*, 1940, traducción española, *Cuestiones fundamentales de la economía política*, Alianza editorial, Madrid, 1967.

¹⁰⁵ Cf. *Ordo*, Anuario fundado en 1948 por el citado C. Eucken y Böhm. Cf. Böhm, *Die Ordnung der Wirtschaft. Als Geschichtliche aufgabe und rechtsschöpferische leistung*, Stuttgart, 1937.

¹⁰⁶ Traducción española, Unión editorial, Madrid, 1979. La primera edición alemana es de 1957.

ced de la razón y su destino es progresar por obra de la misma, la eficacia de los instrumentos con que dicha tarea se lleve a cabo son los criterios para juzgarlos. La ética se reduce a la técnica y sus consecuencias son evidentes en los más diversos campos en los que la ingeniería social ha hecho acto de presencia, desde la pedagogía a la economía o las relaciones internacionales. Nos encontramos ante el constructivismo social propio no solo del socialismo real, sino también de los neoconservadores como muestra su imperialismo intelectual y su consecuente política internacional empeñada en la exportación forzosa de su propio modelo económico, social y político..

Ahora bien, realismo e idealismo, grandes protagonistas de la filosofía moderna, están en crisis en el pensamiento contemporáneo. La intuición central de algunas de sus principales corrientes, a mi entender las que pueden calificarse de humanistas, no son ya los “*prima intelligibilia*” de los antiguos, ni el “*cogito*” o la “*sensación*” de los modernos, sino la “*existencia*” o la “*vida*” o, en resumen, “*el hombre abierto al mundo*”, que, a su vez, recibe del hombre su luz. Tal es una constante de lo que cabría denominar, con Garrido Zaragoza, filosofía transmoderna, de Husserl a Zubiri, pasando por Heidegger, Ortega, Merleau Ponty o Mounier. Por eso, la “*vuelta a las cosas mismas*” propugnada por Husserl a comienzos del pasado siglo, obliga ya a contemplarlas tal como son, las culturales no menos que las naturales, convocadas a la luz del Ser por la conciencia del hombre. Esto es, porque el hombre es un ser situado espacio-temporalmente y emotivo, las cosas son singulares o concretas, temporales y cargadas de afectividad. En ello consiste la historicidad tanto de la conciencia como de las cosas.

Si se la despoja de la ganga pseudolingüística, pseudomarxista, pseudoanalítica y tantas otras superficialidades culturales que escandalizarían a Saussure, Marx o Freud, tal es la mica valiosa del “*Desmembramiento de Orfeo*” (Hassan), símbolo de una postmodernidad que no hace sino caricaturizar lo más valioso del pensamiento contemporáneo

Se trata, ahora como en la génesis del historicismo, de reaccionar frente a la tiranía de una razón general y abstracta cuya instrumentación técnica está en trance de ahogar la historicidad, rasgo fundamental de lo humano. Pero si el racionalismo de las Luces se correspondía a la primera y balbuciente globalización económica y cultural que intuyera y alarmara al genio de Herder, lo que ahora está en trance de anegar el humanismo real, el que ve al hombre concreto, encarnado en una determinada cultura, heredero de su pasado y cargado de afectos, es la “*Rebelión de las Masas*”, precozmente anunciada por Ortega y cuyo marco ideal es la segunda actual globalización. Es en la emergencia del hombre-masa donde radica la “*crisis social de nuestro tiempo*”¹⁰⁷.

¹⁰⁷ Röpke, *La crisis social de nuestro tiempo*. Traducción española, Revista de Occidente, Madrid, 1956.

Si, como antes dije, el conservadurismo clásico es fruto del primer historicismo, es lógico que una mentalidad conservadora a la altura del presente, a la vez que supera las consecuencias verdaderamente revolucionarias del llamado neoconservadurismo, recupere y reelabore muchos de los valores de aquel conservadurismo clásico desde las categorías alumbradas por esta segunda ola de historicismo. Porque dicha ola impregna el pensamiento contemporáneo, debe ser matriz de una mentalidad conservadora acorde con el mismo; porque es matriz de la denominada transmodernidad, denominaré a esta mentalidad transconservadora.

B) Claves del transconservadurismo

Por ello, los principios claves de esta nueva mentalidad puede reducirse a las tres grandes categorías del historicismo que también lo son de la transmodernidad: identidad, exponente máximo de la atención a lo singular, propio del historicismo, temporalidad y afectividad. Ni que decir tiene que si en las caracterizaciones de los anteriores tipos del pensamiento conservador se ha optado por la simplificación, lo que a continuación se dice es, tan solo el esbozo de lo que debería ser —de lo que será— una mucho mas amplia y detenida exposición.

a) Identidad comunitaria

La modernidad se caracteriza por la entronización del individuo, pero la experiencia demuestra que el “yo”, somos “nosotros”. Si, entre los antiguos, cuando al héroe, personaje singular si los hay, se le pregunta por su identidad responde contando el linaje del que desciende y el pueblo al que pertenece, esto es, una identidad comunitaria, la modernidad política aparece caracterizada por la dialéctica de dicha identidad. El orden fundamental de la convivencia humana es el orden por comunión que legitima la autoridad y hace viable la pacífica concurrencia, de modo que, sin comunión en la base, la concurrencia es guerra y la autoridad despotismo. Así lo demuestra la evolución de lo que Furnivall denominó sociedades plurales. Por eso, afirmada la autoridad con Bodino y exigida la concurrencia con Locke, el pensamiento político moderno hubo de enfatizar la comunión con Rousseau. A fines del siglo XVIII y principios del XIX la izquierda reivindicó el orden por comunión y el consiguiente principio de identidad en la nación. Pero, a partir de Marx, substituye progresivamente la identidad nacional por la solidaridad no menos identitaria de la clase y la nación pasa a ser reivindicada por la derecha que, convertida al liberalismo económico, identifica el Estado nacional con el mercado. Ahora bien, cuando el desarrollo del capitalismo, internacionaliza, supranacionaliza y globaliza el mercado y disuelve la conciencia de clase, desaparecen de nuestro mundo ambos polos de identificación comunitaria. Pero la sed de identidad, que constituye la proyección política del existencial humano del ser-con-los-otros, reaparece siempre, incluso bajo formas criptopolíticas, como es

el caso de la hipertrofia de la identidad religiosa (fundamentalismo), racial o cultural (comunitarismo).

Parece indudable que la intersubjetividad es condición trascendental de toda subjetividad. La identidad que el hombre requiere es una *identidad social*. El sentirse y saberse miembro de un grupo, de una cultura, de una comunidad lingüística. Por ello, el mas avanzado liberalismo de nuestros días, sirva por todos el nombre y la obra de Kymlicka, defiende los derechos colectivos como condición indispensable, como horizonte de posibilidad, de los denominados fundamentales.

La globalización tiende a disolver la pluralidad de comunidades político-culturales en las que el hombre puede encontrar su identidad, incluida la nación, en una sociedad uniforme y abstracta que ni integra ni identifica y corresponde al conservadurismo que alborea responder a tal desafío. Para ello ha de salvar la individualidad a la vez que la inserta en comunidades a su medida, sin olvidar que la antropometría no es física sino simbólica. Esto es, que el espacio humano trasciende al propio pegujal y el tiempo humano no es biológico sino histórico. De ahí, que las comunidades a la medida del hombre sean “comunidades inventadas”. Pero inventadas a partir de la realidad temporalmente decantadas. La “invención” de la comunidad es la toma de conciencia de una realidad ya existente y que no puede ser arbitrariamente improvisada. La “invención” es la relación noetico-noematica que la fenomenología descubriera en la “intencionalidad”.

El transconservadurismo, en consecuencia será proidentitario en diversos sentidos. Primero, optando en pro del Estado,¹⁰⁸ fuera del cual no hay moralidad. Del Estado histórico cuyos factores de integración considera preciso fortalecer. Los factores materiales, constitutivos del “ethnos” del que el Estado, para subsistir, ha de ser epidermis. Es decir no valores abstractos y procedimentales, como los propuestos desde la Ilustración hasta Habermas, sino, según decía Puchta, “la afinidad física y espiritual, las facultades y las convicciones” que permitan y justifiquen los recuerdos y los proyectos comunes. Los factores funcionales que, a la altura de nuestro tiempo y en Occidente, solo pueden ser las instituciones democráticas de control de los gobernantes y de participación en los bienes económicos y culturales en el seno de un “demos” que solamente el “ethnos” prepolítico hace posible. Los factores simbólicos que canalicen los afectos hacia la cosa común, es decir el patriotismo, esa habitud de vivir-con-los-otros, tan intensa, que puede llegar a la disponibilidad de morir-por-los-otros.

¹⁰⁸ Fuera del mundo que pudiéramos considerar Occidental, el problema se plantea en términos diferentes por la existencia en un mismo ámbito estatal, en ocasiones escasamente arraigado, de comunidades sociopolíticas de diferente nivel de desarrollo y portadoras de dispares alternativas de evolución social.

Segundo, mediante unas políticas de reconocimiento de identidades comunitarias autóctonas, incluso nacionales allí donde verdaderamente las hay, a diferenciar objetivamente de las ocasionalmente importadas. Un reconocimiento tanto más fecundo cuanto que se base en factores seculares (precisamente para respetar la trascendencia de lo verdaderamente religioso) e inclusivos, de manera que puedan articularse con identidades más amplias en un Estado común.

Tercero, renunciando a imponer los propios valores a terceros, ni por la invasión ni por la forzada asimilación y, con el mismo empeño, impidiendo la disolución de la propia identidad en una especie de zoco multicultural. La formación de la ciudadanía, la estructura del Estado, la cura de su dignidad, la política exterior, la cooperación, el tratamiento de los flujos migratorios y otras tantas cuestiones reciben de tales tesis nueva luz.

b) Temporalidad: institucionismo y humanismo.

El segundo de los principios atrás enunciados es la *temporalidad*, esto es la asunción del tiempo, en expresión de Dilthey, como “forma de edad”. La transformación del tiempo que transcurre y no deja cosa sana, en duración acumulativa cuya versión más conceptualizada es el “aevum” de los escolásticos. Es decir, una temporalidad que supone cambio, pero no olvido y que si ni conoce ni determina el futuro, conserva presente y vivo todo el pasado. Para decirlo con palabras poéticas, “la unidad del pasado y del presente”. Tal es la temporalidad de la mentalidad transconservadora. Una tradición o memoria creativa cuyo paradigma es el lenguaje, puesto que la palabra es el punto de enlace entre la cultura constituida y la intuición constituyente. De la misma manera que el sujeto que habla desposa las significaciones constituidas gracias a la sedimentación tanto sintáctica como semántica de la historia lingüística del grupo, no para repetir las sino para infundir, sobre significaciones ya adquiridas, una nueva vida, el conservador no pretende petrificar el tiempo, pero no quiere amortizarlo, sino capitalizarlo. El hablante, paradigmáticamente el poeta, crea nuevas expresiones, pero no pueden hacerlo sino dentro de una tradición lingüística colectiva. Por ello el conservador considera que sin tradición, esto es, sin desarrollo orgánico y sedimentado que se opone a la superficialidad pasajera de la moda, no hay creatividad. En su ensayo sobre *La tradición y el talento individual*, el conservador que fue T.S. Eliot lo pone ejemplarmente de relieve y el contraste y continuidad orgánica entre su tradicionalismo doctrinal y radical originalidad creadora en el campo de la estética es prueba de ello. En pagos más cercanos, Eugenio d’Ors, cuyo legado al pensamiento conservador está aun por estudiar, decía otro tanto: “sólo hay originalidad verdadera cuando se está dentro de una tradición.”

El instrumento para remansar la temporalidad y cristalizar el tiempo, es la institución y, por ello, el transconservadurismo es, más que otra cosa, institucionista.

No cabe hacer aquí un análisis de lo que es la institución. A mi entender es la dimensión formal de un orden concreto. Como dimensión formal es un haz de relaciones jerárquicamente ordenadas entre sí en función de una meta que las trasciende. Y se corresponde al orden concreto, constituido por valores materiales, normas y prácticas asumidos por el grupo que hace vivir la institución y que recibe de ella, como tal grupo, una identidad colectiva. Estabilidad, trascendencia y emotividad son sus rasgos característicos.

La jerarquía de las relaciones institucionales es prenda de estabilidad y permanencia y por ello da firmeza al quehacer de los miembros que se adhieren a la institución. Esta, objetiviza los derechos y acumula la experiencia de aquellos. La institución, como las herramientas heredadas del pasado cultural, economiza los esfuerzos, al ofrecer pautas de conducta ya experimentadas, y permite, así, encauzarlos a nuevas actividades creadoras, facilitando el progreso.

Ello supone valorar la experiencia y optar por su capitalización a través de los más variados instrumentos. Desde las magistraturas vitalicias y aún hereditarias de cuya eficacia, allende cualquier especulación teórica, da cuenta la práctica, a la formación de cuerpos aulicos (Senados, Consejos), donde aprovechar la experiencia de quienes han desempeñado altas funciones políticas y sociales. Pasando por la protección de los patrimonios familiares y empresariales, como objetivamente valiosos para el interés general, o la restauración en la administración pública, frente a la proletarización en curso, de lo que, parafraseando a Weber, cabría denominar “*spiritus honoriorum*”. Tal es la vía para la constitución de la “*nobilitas naturalis*”, como la que en su día defendiera Röpke. Algo análogo a la soberanía de la inteligencia correlativa a la soberanía de los deberes que propugnara el paleoconservadurismo, pero enfatizando ahora su carácter estrictamente meritocrático

La institución es trascendente, respecto de cada uno de sus miembros, cuya obra, a la vez que se consolida en la institución, se disuelve en la misma; pero también respecto de sí, puesto que se orienta a una finalidad objetiva y que, en último término, remite al vínculo comunitario. Quien sirve en una institución política o social, pública o privada, puede sentir que su quehacer, cualquiera que este sea, es un servicio a la comunidad. Lo que Spranger, en su tipología de las formas de vida, denomina “hombre social”, esto es, el preocupado por la realización de valores de interés general mitiga así la tendencia hacia la cura del solo interés propio y particular que caracteriza en dicha tipología al “hombre económico”, hoy día convertido en el paradigma de la moral pública, con la consiguiente corrupción de ésta. En ello consiste la raíz del ingrediente heroico de la ética clásica.

Por ello, cabe señalar, como tercero de los rasgos atrás enunciados, que la institución se nutre de las cargas afectivas de quienes a ella se adhieren y no subsiste si su rigidez y trascendencia, con los límites que necesariamente ello

supone a la subjetividad de aquellos, no es compensada con creces por su adhesión cordial. Por eso dije que la institución formaliza un orden concreto y éste es vivido por una comunidad

Los afectos se orientan intencionalmente hacia los valores que no “son”, sino que “valen”, esto es su existencia pende de la estimativa, ética y estética capaz de valorarlos. De ahí, que los valores que han configurado las civilizaciones durante los últimos milenios y, concretamente, la nuestra a partir de Grecia, Jerusalén y Roma, para subsistir, fecundar y evolucionar, necesitan ser transmitidos de generación en generación.

Ahora bien, el advenimiento, por imperativos demográficos, de una sociedad de masas, necesariamente capitalista, mecanicista y urbana (¡Espantosa la masa innumerable! repetía Röpke con *Los Persas* de Esquilo) ha sustituido los antiguos valores por otros sintetizables, a juicio de los transconservadores, en el antiintelectualismo, el materialismo, y el utilitarismo. Examinemos brevemente su recíproca imbricación.

La rebelión de las masas es profundamente antiintelectual, porque sabido es que “la omnímoda facilidad material” de que el hombre-masa goza, merced a su dominio de la técnica, le lleva a olvidar, desconocer y despreciar el aparato conceptual y axiológico que la ha hecho posible. El niño mimado, con el que Ortega identificaba al hombre-masa, es un ser tan voluntarioso como ignorante.

Llamo materialismo a cifrar la felicidad en el bienestar, identificado éste con el nivel de vida, y las masas que se integran en la sociedad a partir de un bajo nivel de vida, aspiran a elevarlo de manera que, cuanto mas alto sea dicho nivel en términos cuantitativos, se considera que mayor es el bienestar y la consiguiente cota de felicidad. El capitalismo, como decía von Mises, por su inigualada capacidad de producción, ha dado respuesta a esa demanda de las masas; la economía, sobre todo a partir de la revolución keynesiana, se entiende como “organización del consumo”; y la principal meta de la política resulta ser el incremento del nivel de vida de aquellas. Lo que las masas piden del poder público y lo que los titulares de éste consideran que deben proporcionar.

El “ethos” de la política es el mayor bienestar material para el mayor número, esto es, el mayor consumo, y la vigencia de tan célebre fórmula utilitarista se demuestra atendiendo a los programas y a las declaraciones electorales de los líderes políticos de cualquier partido. Por su parte, las masas no piden otra cosa de los poderes públicos. Si el ingrediente voluntarista antes señalado, lleva al hombre masa a reivindicar la libre elección de su forma de vida, exige que se le proporcionen los medios y condiciones para diseñarlo y proseguirlo. Sus deseos, que considera necesidades, se formulan y exigen como derechos. La

libertad no es ya un límite al poder ni una participación en el mismo, sino un crédito a cuya satisfacción se está dispuesto a sacrificar lo demás. En la asunción de tales tesis radica la evolución de una gran corriente del liberalismo político, especialmente entre los anglosajones, hasta convertirse en social-democracia.

Es a tales valores a los que el conservadurismo de nuestro tiempo ha de oponer los suyos.

Frente al antiintelectualismo una educación exigente que fundamente la creatividad sobre el previo aprendizaje de una disciplina (de ahí la virtud de la gramática, las humanidades y las matemáticas), de unos conocimientos (porque, frente al dicho de Dewey, para orientarse en el mundo, es más importante aprender un mapa que dibujarlo) y unos valores éticos y estéticos objetivos. Esto es, una herencia cultural cuya estima no depende de la inmediata supuesta utilidad. Antes de formar un profesional y aún menos un intelectual es preciso formar un hombre capaz de ser ciudadano.

El transconservadurismo, frente a lo que propugnan los epígonos del conservadurismo clásico (v.gr. Oakeshott), estima que los valores éticos y estéticos no son eminentemente formales, destinados a garantizar la mera coexistencia, sino valores materiales que permiten convivir en una comunidad de sentimientos, de prácticas y de propósitos. Que las diferentes manifestaciones de la verdad y la belleza requieren cánones objetivos que, sin menguar la creatividad como la gramática no empece el estro poético, garantizan que puedan ser apreciados y participados por la comunidad entera, porque la objetividad es condición indispensable de la verdadera democracia.

Para el transconservador, la raíz última de tales cánones solo puede ser la talla física y psíquica del hombre. El reconocimiento del hombre por el hombre, meta de toda ética humanista, y el buen gusto, objeto de la estética, como la naturaleza, al decir de Galileo, aborrecen la desmesura de los gigantes. Combatir la megalatría de nuestro tiempo y restaurar las tallas especiales y temporales, económicas y artísticas en las cuales, por ser a su medida, el hombre pueda reconocerse, por poder sentir las y controlarlas, es una de las primeras tareas del transconservadurismo.

Frente al materialismo y una vez satisfechas, como lo están sobradamente en nuestras sociedades occidentales, las necesidades básicas y más que básicas de pan, la promoción de los valores del espíritu, el primero de los cuales es el altruismo que exige, como previa e inexcusable condición, la ascética del yo, desde el consumo a la pasión.

Frente al insaciable egoísmo utilitarista proyectado en la demanda de prestaciones públicas, el patriotismo atento a lo que el ciudadano puede hacer por la comunidad en lugar de lo que puede exigirse de la comunidad.

c) Afectividad

El tercero de los grandes principios atrás enunciados es la *afectividad* que, al cargar de energía psíquica los objetos, les atribuye una calidad valiosa al margen de su cuantía. Nuestro mundo, señalaba G. Ferrero, es cuantitativo. La matematización del pensar científico propugnada a partir de Galileo, y la conversión de la ciencia en el paradigma del conocimiento, llevó a la modernidad a conocer tan sólo lo que Kant denominó magnitudes extensas, esto es cuantitativas, susceptibles de ser contadas, pesadas, medidas y por lo tanto, susceptible de manipulación matemática y mecánica y a una visión tal corresponde una ética económica y una estética utilitaria. No es el caso, claro está, de renunciar al pensar científico y a su instrumental matemático, pero sí de tomar conciencia que al decir del poeta, el tamaño del aparejo del pescador determina el de los peces que es capaz de capturar. Por ello, un pensar cuantitativo, sólo capta magnitudes extensas. Frente a ello, el transconserवादurismo reivindica la calidad frente a la mera cantidad y junto a las magnitudes extensivas, las que el mismo Kant denominaba intensivas, es decir aquellas que no se cuentan ni miden, sino que se sienten, que no se pueden repartir, pero en las que cabe participar.

Esto supone, ante todo, concebir el cuerpo político como una comunidad más que como una sociedad y, en consecuencia, optar por las dimensiones, las estructuras y las instituciones que favorezcan la integración comunitaria. Para el transconserवादor la sociedad no es un ente abstracto regido por una racionalidad mecánica. No gusta de lo que Popper denominó peyorativamente una “sociedad abstracta” en la que las relaciones estrictamente funcionales, donde todo se intercambia y nada se comparte, prescinden del encuentro interpersonal y de toda identidad grupal. El transconserवादor no imagina a los ciudadanos vinculados tan solo por un compromiso sobre las reglas formales de una democracia procedimental, equivalentes a las reglas del mercado, moviéndose como partículas anónimas en un espacio no menos anónimo, ajeno, merced a los medios de comunicación y a los consiguiente flujos migratorios, a la geografía y a la historia y semejante al espacio teórico que los físicos tomaron de la geometría. Los concibe en el seno de una comunidad de identidades lingüísticas, culturales e históricas, encarnados por comunes creencias y valores infungibles que suscitan afectos, solo como tales susceptibles de reconocerse a si mismos y a los demás. En una sociedad inevitablemente industrial o postindustrial en las que la relación cara a cara es difícil cuando no imposible dadas las dimensiones espaciales y demográficas, la identificación comunitaria, es decir con la historia, los valores y los caracteres de la comunidad, es la mas eficaz de las compensaciones posibles.

Sin menospreciar el orden por concurrencia de ideas y de bienes, esto es el mercado, el conservador pone el acento en el orden por comunión que hace de la concurrencia, de la política tanto como de la económica o cultural, una concertación amistosa no una guerra existencial. Como decía Cicerón, "benevolentium concertatio, non lis inimicorum".

En función de esta concepción de la sociedad, el conservadurismo ha de ser mas cooperativo que competitivo, porque si, atendiendo a criterios meramente cuantitativos, parece que la competitividad es un instrumento irrenunciable de la eficacia, no es menos cierto que sus costes colaterales nunca evaluados resultan inaceptables desde un punto de vista cualitativo que atienda a valores éticos y estéticos tan importantes como la calidad de la vida, los equilibrios sociales, el ahorro de los recursos, la conservación del medio, etcétera.

Y, por la misma razón, el transconservador ha de ser solidario, también intergeneracionalmente. Esto es, garantizar a los ciudadanos, a los activos y los pasivos, a los nacidos y por nacer, por el hecho de serlo, tanto un legado cultural y natural que exige políticas proteccionistas del medio, como un mínimo vital y una cobertura social, que exige políticas menos generosas para ser mas distributivas y previsoras de recursos necesariamente escasos, porque si la abundancia es meramente cuantitativa, la justicia lo es cualitativa. El Estado de bienestar es un bien a conservar no solo ahora sino para el futuro, pero hay que ajustar las cuotas de bienestar para poder mantenerlas y es claro que en su disfrute han de tener prioridad los ciudadanos frente a los extranjeros.

Sin duda, las prestaciones sociales no deben fomentar la irresponsabilidad de los individuos ni instrumentarse de tal manera que rompan los vínculos mas inmediatos e institucionales, desde la familia a la comunidad local, pasando por la solidaridad profesional o religiosa. Pero todas estas ineludibles cautelas tampoco deben ocultar el principio fundamental de que una verdadera comunidad no puede dejar desprotegidos a sus miembros.

La segunda consecuencia de este tipo de sociedad es el rechazo del utilitarismo. Ni la felicidad se puede medir en términos cuantitativos, ni consiste en un nivel de consumo cada vez más alto, ni la meta de la política es proporcionarlo en mayor cantidad al mayor número posible de ciudadanos como pretendiera Bentham. Este antiutilitarismo cualitativista excluye la economía socialista y la liberal, en tanta mayor medida cuando más radicales son. La primera pretende producir y distribuir mejor, pero, aparte de fracasar en ambos propósitos como la experiencia del socialismo real demuestra, exige cercenar cuando no excluir el valor, eminentemente cualitativo, de libertad. La segunda ha probado con creces su capacidad de producir mejor, pero los costes sociales humanos y medioambientales cada vez más evidentes, suponen un déficit cualitativo inaceptable para una ética y una estética que se pretendan humanistas.

La opción conservadora pasa por desarrollar y depurar la “tercera vía” que en su día propugnara W Röpke, tildada de socializante por los liberales radicales, de capitalismo camuflado por los socialistas y, por todos, de ingenua. La vía media consiste en asumir las virtudes del mercado como “increíble maquina de hacer pan” y, porque no solo de pan vive el hombre, insertar el mercado en un orden institucional y conectarlo con una serie de órdenes concretos que, de una parte, garanticen su recto funcionamiento y, de otra, eviten sus costes cualitativos.

Lo primero, porque el mercado sin normas que lo regulen ni instituciones que lo encuadren no es mercado, sino rastro. Lo segundo, porque hay valores cualitativos más estimables que la pura y dura eficacia en la atribución de recursos, la ventaja en la producción y la racionalidad en la distribución, tales como la diversidad cultural, el arraigo social, la desalienación del trabajador, la preservación del medio urbano y rural, la renovación de los recursos, ect. ect.

Muchas de los medios en su día propuestos por los ordoliberales para conseguir estos fines fueron tachados de ingenuo arcaísmo. Tal fue el caso del asentamiento del campesinado, la protección de la agricultura, del artesanado y de la pequeña empresa, la disciplina urbanística, el ahorro energético, la cogestión, el fomento del mecenazgo, la exención fiscal de las herencias, la protección de los patrimonios familiares y empresariales, ect. Pero parecen proféticas a la altura del presente cuando está al orden día la “molesta verdad” de la degradación ambiental, se pretende preservar la diversidad cultural frente a la globalización, el urbanismo ecológico se ofrece como meta tan deseable como difícil de alcanzar, se dice optar por la protección de la familia y está demostrado que los meros incrementos salariales o el más que generoso seguro de desempleo no impide la alienación y hastío de sectores tan bien alimentados como desarraigados.

Y allende las medidas concretas lo importante es señalar que si el programa de los conservadores de hoy debe ser todo lo riguroso que los avances del análisis económico permitan, sin concesiones a la nostalgia ni al arbitrio, no puede desconectarse, antes al contrario, de los órdenes políticos, éticos y estéticos que integran y condicionan la economía. La emancipación de la economía como ciencia y como técnica se ha centrado en más eficiente producción, mayores y mas amplios niveles de consumo esto es mayor y mas estable crecimiento; pero la política económica conservadora ha de atender a cómo una determinada estructura y orientación de la propiedad contribuye al desarrollo de determinado tipo de valores estéticos, éticos y, en último termino, políticos. Solamente así será una verdadera economía política.

Lo dicho debiera determinar la opción conservadora frente a las técnicas de producción, hoy día convertidas en otras tantas técnicas de creación de la demanda e incitación al consumo. Si el maquinismo de la primera revolución indus-

trial desarrolló la producción y dio respuesta a las necesidades materiales de una población creciente, la revolución telemática de nuestros días comienza creando unas apetencias que la innovación tecnológica permite mantener siempre en alza y cuya satisfacción, mediante la producción, es secundaria respecto de su incitación al mayor consumo.

Ahora bien, la opción cuantitativa plasma en el maquinismo en auge desde la revolución industrial y que la revolución telemática en curso lleva hasta la supresión virtual del tiempo y del espacio. Ahora bien, si la sustitución del hombre por la maquina en el campo de la producción, libero al hombre de servidumbres físicas y, a la vez, fue causa de un tipo de alienación hasta entonces desconocida, hoy la eliminación de los límites que el tiempo y el espacio imponen al hombre también supone afectar a las dos condiciones de su humanidad como ser espacio-temporal y, por ende, histórico. Y es el humanismo lo que el conservador de nuestro tiempo ha de conservar.

Sería tan absurdo tratar de desinventar las nuevas tecnologías de la información y la comunicación como lo fue, en su día, destruir los telares cuya utilización llevaba al paro a las viejas hilanderas. Pero no lo es menos dejar a la mera opción del consumidor la utilización, cuando no incentivar el consumo y uso, de instrumentos y técnicas cuyo abuso puede tener consecuencias letales para los valores que se pretende conservar —piénsese en el efecto de los videojuegos sobre la educación infantil—. Lo que hoy se hace con sofisticados productos farmacéuticos, tan útiles adecuadamente prescritos como peligrosos dejados sin control, no hay razón para no hacerlo con técnicas cuyo uso indiscriminado erosiona gravemente valores a conservar y aún promocionar, desde una perspectiva humanista. Un viejo texto de T. S. Eliot es muy expresivo al efecto. “Cuando todo los teatros hayan sido sustituidos por cien salas de proyección, cuando cada instrumento musical ha sido cambiado por cien gramófonos, cuando el ingenuo entusiasmo por la electricidad ha hecho posible que cada niño escuche los cuentos para dormir por su altavoz... no nos pude sorprender el que la población de todo el mundo civilizado siga el mismo destino que los melanesios” (en trance de extinción según el antropólogo Rivers por el hastío que les produce la pérdida de su propia cultura). Es claro que la técnica que infundía los temores de Eliot hoy nos parece una bagatela artesanal y que la actual supone un peligro de deshumanización mucho mayor. Tanto más si para escuchar una canción u oír una fábula, el cantar, recitar o tañer se sustituye por el calcular y pagar un precio.

Baste, en fin señalar que los valores propios de lo humano están, como señala el título de la obra de Röpke, “mas allá de la oferta y la demanda”. Y es claro que eso tiene importantes consecuencias prácticas en los más diversos campos, desde la educación en sus métodos y contenidos, hasta el urbanismo y la ordenación del territorio. No es lo mismo, por poner ejemplos de la vida cotidiana, ense-

ñar a los alumnos de primaria a especular en bolsa, como hoy se tiene por grande adelanto pedagógico, o introducirles en el mundo heroico de Homero y de Virgilio o enseñarles la valentía intelectual y la obediencia ciudadana de Sócrates; concebir la vivienda como “maquina para vivir” (Le Corbusier) o como reflejo de la “concha inicial” (Bachelard), objeto de un derecho entrañable; reducir el espacio a la condición de solar o distinguir entre espacios meramente extensos y como tales divisibles y explotables y lugares cargados de pasión y por lo tanto infungibles. Algo relevante para valorar la condición nacional del territorio o la intangibilidad de un paisaje.

Cuando se contempla lo que la Política Agraria Común puede hacer con los viñedos y olivares mitificados por mil años de literatura europea o lo que los ingenieros proyectan sobre los ríos, se comprueba que Heidegger no exageraba en su *Pregunta por la técnica* cuando contraponía el Rhin cantado por Hölderlin al contemplado como fuente de energía hidroeléctrica o lugar elegido por una agencia de viajes como lugar de vacaciones. ¿Qué mejor fundamento a una actitud pro-ecológica, preocupada tanto por la biodiversidad natural como por la cultural, en razón, no solo de la conservación del planeta y de la especie humana, sino también de lo que precisamente es prenda de su humanidad?

Frente al cuantitativismo, la calidad; frente a la desmesura la talla humana de las cosas, sean casas, ciudades o empresas; frente a una sociedad tan abierta que se convierte en abstracta e instantánea, un a comunidad que sabe de donde viene y que no solo intercambia en el mercado bienes y servicios, sino que es capaz de compartir riquezas, emociones y proyectos. Tales son, a la altura de nuestro tiempo, lo que Burke denominaba “las gracias no compradas de la vida” que el transconservador debe propugnar.

C) El valor del resto

El transconservadurismo para ser fecundo ha de comenzar por ser lúcido y constatar que los tiempos que corren no le son favorables. Nuestra civilización esta dominada por el principio del placer y por la inmanencia, materialismo e instantaneidad inherentes a dicho principio. La larva utilitarista se ha transformado en la brillante mariposa de una sociedad que solo aspira al bienestar que la técnica hace, además, posible. Pero sabida es la futilidad de la mariposa. Si el hastío que el bienestar material produce es sobradamente conocido en nuestra sociedad opulenta, no lo son menos las traumáticas consecuencias que en el mundo subdesarrollado tiene la búsqueda de ese tipo de opulencia. Y todo anuncia que cifrar el porvenir en el mero crecimiento de las cifras macroeconómicas es tan absurdo desde el punto de vista ético, como imposible desde el técnico. No es este el momento de hacer balance de nuestro tiempo ni menos aún de profetizar el futuro, pero es evidente que en nuestro presente político y social hay numerosos puntos negros